

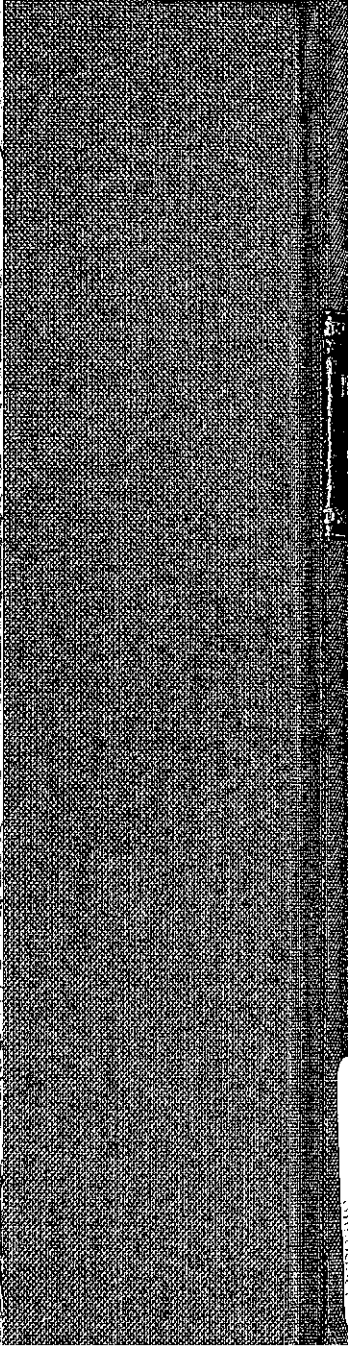
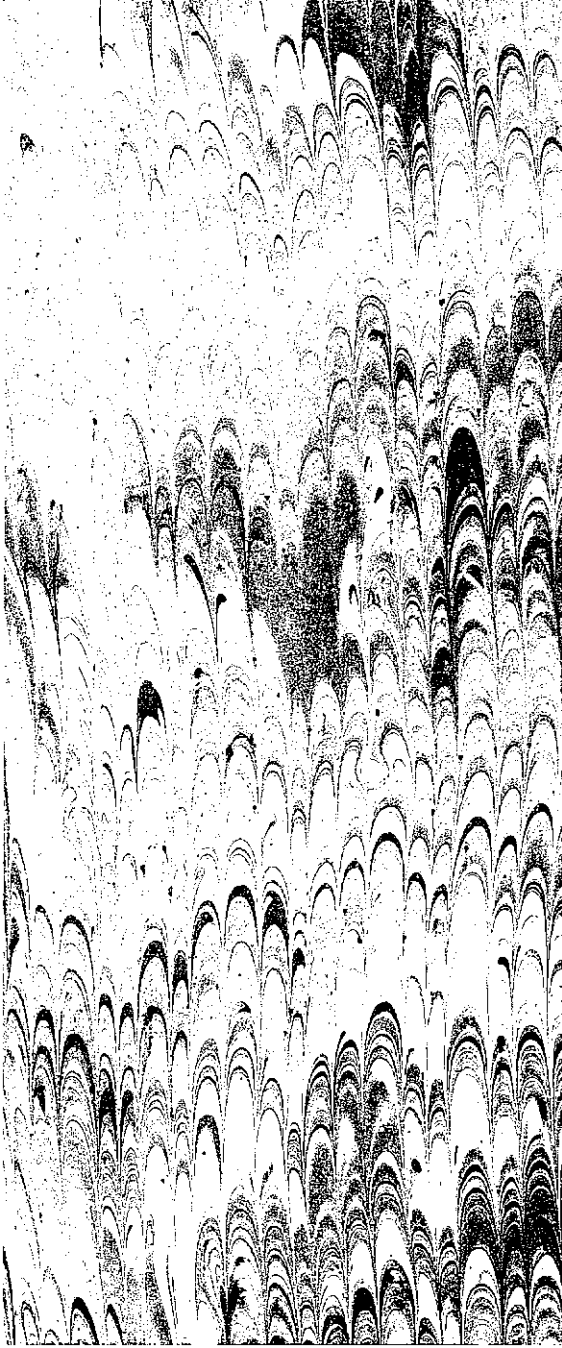


THE HISTORY OF THE UNITED STATES OF AMERICA  
BY JAMES MADISON

CLASSIC

18

18



**HESPERIA**

LIBROS HISPANICOS

ZARAGOZA

ESPAÑA















Dr. Ángel Pulido, Senador

# MICA

---

Homenaje a la  

---

mujer hebrea

MADRID

EDITORIAL IBERO-AFRICANO-  
AMERICANA

PRÍNCIPE, 5

1923



71637



2  
185284



Señorita Rahma Tolcedano, de Tánger.



*A la Srta. Rahma Coledano,  
de Tánger.*

**E**STA nueva publicación, que viene a aumentar con un libro más la serie, ya algo considerable, de las que el autor tiene dedicadas a su campaña hispano-hebraica, es un himno de amor y de gratitud, ofrendado a la mujer israelita por un caballero cristiano, que busca sus inspiraciones en la religión de Jesús y desea reconciliar una gloriosa nación, la española, con los millones de judíos españoles descendientes de hijos suyos, quienes habitan todos los pueblos del mundo.

Desde el año 1875, en que vió la luz mi primera obra acerca del estado actual de la Medicina en Portugal y España, mis publicaciones, sin faltar una, impresas en volúmenes, ya grandes, ya pequeños (y con éste rebasan la cifra de ciento veinte), han llevado en su cabeza, buscando con ello honra y buena suerte, un nombre preclaro y querido, correspondiente a persona que, o había intervenido en su concepción, o era de carácter representativo bastante adecuado, para justificar la distinción modesta que yo podía rendirle. En el sexo femenino, nombres de reinas y princesas esmaltan y ornamentan algunas de mis obras.

Este libro, MICA, se honra mucho dedicándole a la muy distinguida señorita tangerina Rahma Toledano, a quien comienzo expresando mi agradecimiento, por haberse dignado aceptar la dedicatoria que le ofrece este antiguo y veterano amigo, quien como hija mucho la



quiere desde hace ya largo número de años.

Un trabajo literario de la naturaleza y finalidad de éste, que entraña la crónica exacta de hechos importantes y tiene la exaltación espiritual de un himno dedicado a la bella mitad del pueblo de Israel, no podía llevar a su frente otro nombre que el de alguna eximia dama, o señorita, del sector sefardí del pueblo hebreo. Y aun consignando que conozco muchas que podrían ser escogidas con este objeto, imposible me sería hallarla que ofreciese tan múltiples y poderosas razones como las que adornan a esta mi entrañable, y de antiguo colaboradora amiga de Tánger, quien ya honró, en 1904, mi libro «Españoles sin patria», con ofrendas de su esmerada pluma.

Rahma es, bajo muchos aspectos, una de las encarnaciones más brillantes y seductoras de la mujer hebrea. Es de alta y opulenta belleza, y su tipo, así en el orden físico como en el moral y en el

intelectual, puede estimarse representación adorable de la mujer bíblica cantada por Salomón; de aquella preciosa mujer hebrea-española que realizara la distinción de su raza, durante los siglos medievales, bajo el esplendor de una civilización hispanoarábigo-semita que floreció en nuestro suelo y brilló entre las mejores de la Historia. Y lindo espejo es de la noble y seductora mujer que hoy forma en los pueblos cultos, muy especialmente en la hermosa ciudad de Tánger, esa distinguida y elegante sociedad israelita, que es una de las más adorables en el mundo.

Describir la espléndida hermosura de Rahma Toledano sería me difícil. Su negra y copiosa cabellera; la luz y la mirada de sus grandes, negros y rasgados ojos; el dibujo correctísimo de su boca, digno de las esculturas griegas y romanas que guardan los museos del Vaticano, Londres, Louvre y Berlín; su cuello, esbelto y majestuosamente plantado en

airoso y gentil tórax..., todo en Rahma es soberano, atrayente y seductor.

Pero si es siempre difícil describir una belleza física femenina, más lo es todavía presentar las eximias cualidades de un alma superior, adornada de encantos y resplandores que forman psicología de tal linaje, que brillan en ella, con fuertes esmaltes, las ternuras del corazón, las geniales refulgencias de una mentalidad privilegiada, las exquisiteces de esa doliente sensibilidad que se eleva a los sentimentalismos más románticos y a los altos y finos discursos que ganan los vuelos privilegiados de una distinguida escritora. Bajo este aspecto, Rahma, siendo de mí muy estudiada amiga, bien sé posee cualidades tan sobresalientes, tan felices dotes de publicista, y tan matizadora de sentimientos, que conservamos páginas admirables tuyas, de un psicoanálisis que, por lo sutil y penetrante, nos han producido intensa impresión. Como que veterano ya, quien

esto escribe, en el examen y la descripción del orden de estudios psíquicos y metapsíquicos en la mujer, sinceramente confesamos no haber alcanzado nunca, con nuestra pluma y palabra, tan feliz y sensacional expresión en las descripciones de los turbamientos y patologías de los sentires íntimos, como las que hemos leído en los relatos de una clienta, que es ideal para tales estudios.

Si Rahma, salvando timideces y reparos sociales que la tuvieron y tienen siempre cohibida, hubiera utilizado esos atisbos suyos, en lo consciente y subconsciente, y la fuerza de expresión con que, tras feliz y hondo análisis, sabe exponer lo que su alma encierra, goza y sufre, como le sucede a todo ser humano, un autoanálisis suyo, ampliamente descrito, arrojaría tales exquisiteces del alma pasional, rayanas en las alturas y los fondos inaccesibles del misticismo, que hubiera podido producir páginas dignas de ser comprendidas en las in-

marcesibles y, por muy conocidas, inmortales ya, de «Las moradas», de Teresa de Jesús, la divina doctora.

Deseaba yo, de antiguo, ofrendar a Rahma Toledano un débil homenaje —que siendo mío no podía rebasar de ser modesto— digno de ella, de su sexo y de la heroica mujer hebrea, con el cual corrieran el mundo, y pudieran llegar unidos a un futuro desconocido, los nombres de Mica Gros, que mucho figura en esta obra, y de Rahma Toledano, ambos unidos al mío. Y grato me será, igualmente, colocar aquí otro nombre muy digno de este sitio: el de Pinhas Asayag, caballero distinguidísimo de Tánger, ya difunto, que fué pensil de gentilezas y de sentimientos extraordinariamente delicados, y a quien debí grandes servicios en los trabajos hebreos publicados en el libro «Españoles sin patria».

Dando las gracias a mi noble amiga, pido fervoroso a Dios que el amor, la

salud, la tranquilidad y la buenaventura sean supremo bien que nunca falte a Israel, y sirva como de bendición en el hogar de esta familia Toledano, a quien envía los más paternales testimonios de rendimiento su amigo del alma.

*Angel Pulido.*

Mayo, 1923.





# M I C A

## PREÁMBULO

*A una encarnación divina de la mujer hebrea.*

**H**ORA es ya, divinidad adorable, hada bienhechora de mis febriles ensueños, que explique eso que llamé «Un enigma»: vocablo misterioso con el cual, a todo intento, hube de excitar la curiosidad en tu imaginación, tan rica en ideas como delicada en sentimientos. Mas antes de pasar adelante—no entrando en la tesis esencial del asunto—, menester es una explicación previa, si las sugerencias de la bella lectora, y los relatos del autor, que protagonista es de los episodios relatados, han de hacer bien lo que a cada



cual, en su posición, conviene y corresponde.

Esta voz de «enigma», que hube de usar en el anuncio de mi prometida labor, entraña mucha espiritual esencia y se explicaría bien con una frase breve, si ella hubiere de servir de mote a un escudo, a una bandera, o a una banda que sobre el corazón del caballero se colocara. Pero en lo que debe ser una espiritual crónica como ésta, y ha de resultar, por necesidad, de insuficiente extensión para exponer lo necesario—con lo cual descontentado tiene el cronista que, al final, ha de quedar descontento de esta deficiencia—, forzoso es dar al texto algo de lo que la grandeza del tema pide.

Armame, pues, de paciencia, muy adorable, y de hecho, muy adorada damita; y supón te hallas en el caso frecuente de que un amigo, muy querido y muy íntimo, se propone verte algunos días, en detenida visita, para en ellos exponer, con la posible moderación, un gravísimo



negocio que llevarais en común empresa, refrenando él sus ardientes deseos de decirlo todo pronto; y conteniendo tú las naturalísimas impaciencias por conocer, asimismo a escape, el argumento del drama en curso; y, sobre todo, lo más esencial: esas conclusiones que, en definitiva y sintéticamente, son las que cristalizan—buscando para su expresión formas bellas, claras y definitivas—lo que importa y se anhela conocer y realizar.

Tendrá este procedimiento otras ventajas no menos apreciables, además, si, por el relato y el estilo, ha de marchar el cronista con el desembarazo, el donaire y el equilibrado pensamiento que la psicología de las almas atormentadas y las semblanzas de los personajes que es necesario en la historia figuren, ineludiblemente requieren. Enderézase, a la postre, esta historia, algo diserta, al buen encuentro de riqueza pasional que superará en valor al vellocino de oro, porque es la del bien espiritual de dos almas alteradas, las

cuales, si cumplen su destino, llamadas están a realizar, unidas, notorias obras. Y a ese *bien* hay que subordinarlo todo, porque, como dijo Swedemberger, «el *bien espiritual* es el supremo bien; el bien moral en el medio se halla, y en el final habremos de buscar el bien civil». Por consiguiente, al bien espiritual vamos; y como Dios es siempre el Bien mismo y es su Autor, de cierto y con devoción, dice el cronista, que al Reino de Dios endereza y quiere enderezar sus pasos: los cuales, sin faltar uno, ha de dar reposados, con el ideal en la mente, con el símbolo de su adorable dama en el alma y con el supremo deseo en el corazón de hacer el bien, a los que son siempre afanes y motivos predilectos suyos: a los que sufren, a los abatidos, a los necesitados, a los que tienen sed de amor y de justicia: es decir, a los que forman el mayor sector de la humanidad.



## I

**E**XTRAÑA paradoja, o contradicción, que tanto vale, es la que con nuestra educación religiosa sufrimos a veces los que hemos nacido, y luego nos hemos querido imponer bien, en la religión de Cristo y de María, y en ella hemos de vivir necesariamente, porque honrado y virtuoso es hacerlo así; pero dase a veces el caso que, tratando los preceptores de formar nuestras conciencias y sentimientos en odios hosquísimos, contra ese pueblo que hubieron los hombres de apodar *deicida*, sospecho seamos bastantes los que, guardando a los hebreos el amor y respeto que, por todo prójimo y en sana ley de Cristo debemos sentir, sembramos ya en

nuestro corazón, en la escuela misma, y por menor edad que allí tengamos, los gérmenes de un amor intenso, especial, hacia su compañera: la mujer hebrea. Yo no podría analizar bien, y menos llegaría a la explicación de cómo se desarrolló en mi alma tan fenomenal suceso; pero es lo cierto que en el pobre huerto de mis sentimientos hacia la mujer judía, nunca hubo otras frondas por lo alto del espacio, ni cultivos por lo bajo del suelo, que muchas delicadas y bien aromáticas flores, tales como preciosas azucenas blancas, lirios de colores delicados y rosas de fino olor: que serán siempre la más linda flor de los enigmas pasionales.

Helena, la célebre Helena de las leyendas orientales, la que encarnó la penetrante poesía seductora del pueblo más creador de bellezas, armonías y proporciones; ese que generó la cultura helénica, cada día más admirada, con ser una visión ternísima, fuertemente sugestiva, a la cual magnifican y perfuman todavía aún los

divinos cantos de los genios musicales y las más seductoras óperas, nunca alcanzó en mi espíritu, aunque sentimental hasta el exceso, la fina y conmovedora visión que dióle la preciosa virgen, o sea la mujer pura, del pueblo de María y de Jesús.

Sean los propios sencillos relatos que contienen los mismos textos de la infancia; sean las enseñanzas de otros libros profanos; sean las obras de escritores eminentes de Israel, que muchos tiene; sean los proverbios de Salomón, ese famoso *Cantar de los Cantares*, que imposible es leer sin que una delicada poesía y un celeste aroma de sabor georgiano, sublime y penetrante como son las esencias de labiadas en suelo de serranías, embriague al punto, con religiosos deliquios y purísimos amores, el alma; e bien sea tanto precioso discurso como Castellar—el más grandilocuente cantor de Jesús y de la Virgen María que la humanidad ha conocido, jefe queridísimo y admirado mío—ha pronunciado, ha escrito

sobre la mujer hebrea, y yo he leído y he llevado a mis obras; séase lo que se fuere, ello es que cuando en el tema pienso, y; con la reflexión, sobre mi alma concierdo los sentidos, y atisbo y rebusco lo que en su dentro existe, como nave de Catedral católica en día de Domingo de Ramos es lo que allí veo y huelo; y tan embriagado quedo, con estas celestiales ilusiones, que pienso han de ser ellas como los deleites que a buscar van, con tóxicos hipnotizantes, tantos desdichados enfermos que existen en el mundo y preocupan a los gobiernos y a la Medicina.

Sara, Raquel, la hermosísima Débora, Janel, Atalia, la celebre hija del rey Acab, Ruth, Esther, la gloriosa Judith..., en fin, tantas y tantas de quienes la Biblia se ocupa, relatando sus admirables hechos, heroísmos de mil clases... me impresionan intensamente y han cristalizado en mi espíritu un tipo de adorable hermosura, talentos, virtudes y enérgicas grandezas, que siempre hubieron de estar en armo-

nia con las que fatalmente tuvo que realizar su pueblo. Porque evidente ha de considerarse que Israel es el pueblo donde las mujeres han ejercido mayor influjo; el que tuvo más representaciones del bello sexo que dejaron huellas indelebles de su paso por el espacio y por el tiempo; y, en fin, el que ofrece tales sublimes heroínas, mujeres que ya, por demasiado figurar, hasta han exaltado con leyendas su valer, mezclándose a los dioses de todos los tiempos y a las supersticiones de todos los ritos.

Abarca mi pensamiento, a grandes síntesis, la historia femenina hebrea conocida desde Sara a la Virgen María, y ante su admirable conjunto mi espíritu se ofusca y desvanece, gozando la aspiración de claridades y esencias, como las de aquellas inventilables nubes que debieron perfumar y esclarecer, sin cesar, el grandioso templo de Sa'omón en Jerusalén. Y si a esto se agrega la horrible leyenda del pueblo, siempre y en todas partes

injurinado y perseguido; la de los degüellos y saqueos de los criminalísimos pogromos, cometidos ¡aún hoy mismo! en naciones que hasta en la actualidad revelan su ineducable salvajismo; donde los ancianos, las mujeres, los niños, los varones..., todos son atropellados, asesinados, saqueados; ¡ah!, entonces, mi espíritu, por muy cristiano, y mis sentimientos por demás evangélicos, se encienden de dolor y de ira, y estallan también, por igual, con las más violentas pasiones: de amor para las víctimas, y de condenación y de castigo implacables para los criminales, los gobiernos y sociedades que lo consienten, cuando no lo determinan.

He aquí el ánimo que, siendo muy doncel, llevaba el joven doctor, a quien el año 1883 hubo de guiar la Providencia en la visita que, por vez primera, hizo a las naciones de Oriente, donde existen las colonias más nutridas de nuestros hermanos los judíos españoles; doctor, que



siendo cronista de esta historia, muy fielmente narrada y muy veraz, brinda a sus lectoras, que lectoras espero sean en su mayoría, el conocimiento de los interesantes episodios que, en páginas sucesivas, ha de proporcionarles.







## II

**L**A influencia de la mujer, así en los más grandes sucesos de la historia humana, como en los indeclinables destinos de los individuos, podrá conocerse algunas veces; pero oculta y misteriosa se desenvuelve las más, porque el amor, que es quien la determina, con frecuencia no sale del misterio. Si hay alguna pasión netísima y exenta, por tanto, de impuras mezclas, en el hervidero inflamado de nuestras ardientes pasiones, es la que suele estar oculta en el fondo del corazón; tanto, que muchas veces hasta nosotros mismos la ignoramos; pero sabida o no, forzoso es proclamar que, a tuertas o a derechas, la mujer nos la inspira; y vi-

niendo de ella su origen, a grandes y hermosas obras amorosamente nos conduce.

Castelar, en la entrada de ese preciosísimo pórtico corintio que ha creado, ya por siempre, para su grandilocuente y conmovedora obra *Las mujeres célebres*, con su propia letra, la autógrafa, ha escrito, porque ha querido dejarla así, una máxima esencial, y en ella ha dicho: «La compasión y la caridad suenan sobre nuestras rudezas y combates en la vida, porque todas las cuerdas melódicas han sido puestas en el férreo pecho varonil por la mano delicadísima de una idolatrada mujer.» Y este alto precepto de la moral y las luchas humanas, de rigor era que se cumpliera en la sin igual aventura que el destino reservaba a los afanes del oscuro Pulido, ya que, como todos, a sus impresiones se halla sometido: por lo que tiene de débil como hombre, y tiene de fuerte como hijo de Dios.

Desde su primer viaje al Oriente de Europa, realizado en Septiembre de 1883,

hasta el primero a Turquía y Asia, en Septiembre de 1903, transcurren veinte años, en los cuales nada extraordinario sucede a nuestro protagonista, ya que todos sus encuentros y emociones se reducen a ver algunos hispanohebreos por los pueblos de la Europa central, meridional y occidental, que visitaba. Necesario es llegar a su paseo de 1903 por las naciones de Rumania, Servia y Turquía, europea y asiática, para que viendo y estudiando Institutos, barriadas y sinagogas, y conociendo y tratando ilustres sabios, magnates y altos empleados de la corte del Sultán, en Budapest, Belgrado, Bucarest, Constantinopla, incuben en su alma aquellos gérmenes de advertencias, enseñanzas, reflexivas meditaciones y dolorosos apercibimientos que habían de lanzarle, un día, con fuego explosivo, al ardiente e infatigable apostolado, que tuvo su principio en el conocido discurso suyo, que pronunciara en el Senado la tarde del 13 de Noviembre de 1903, diri-

giéndose al Gobierno de España, y muy singularmente al Ministro de Estado; con el cual reclamaba su atención, y advertía la necesidad de abordar muy patrióticas disposiciones, referentes a la existencia y conservación del idioma español, en las inmensas colonias de hijos, quienes a millones ascendían y ocupaban las naciones de Oriente. Estos españoles—ya que por su historia, su vida y su alma lo eran—formaban una base mundial hispana de riquísimo valor moral, y hallábanse tan desconocidos y abandonados, como en sus sitios de refugio los colocara, el memorable y funestísimo edicto de los Reyes Católicos, promulgado contra aquellos tricentenares de miles de judíos, por incursos ¡ah, cuitados! en producir daños graves contra la patria, «con su herejía y sus absorciones de las industrias y la riqueza de la nación»; las mismas que, con sus almas y sus cuerpos, habían de llevarse luego, para la positiva ruina y decadencia de España, a otras naciones más

compasivas y prácticas que la nuestra.

Aquel intenso estudio y amplia mundial información que, con vehemencia, asiduidad y perseverancia, tan valiente como infatigable, luego abordara ya, desde el día 13 de Noviembre de 1903, hasta el 21 de Marzo de 1905—en el cual, de una sentada y sin respiro, no levantándose de la mesa, escribió ese epílogo, extenso y vibrante, que cierra su libro *Españoles sin patria*, muchas veces leído, labor que hubo de realizar solo, sin otra moral compañía que la de su leal amigo de Madrid D. José Farache, presidente de la casa sefardí, con total desamparo del poder público; estudio y escritura que tuvo su más intensa realización en los fines del año 1904 y principios del 5—; aquella labor causa hoy justificado asombro, máxime cuando se piensa que hubo de ponerse también el apóstol, en relación escrita, con colonias mundiales de sefardíes, que de dos millones pasaban. Y cuando esto se examina, dícese que no podía realizarla sino

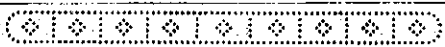
un sujeto convencido, con fe intensa, que tiene justa fama de ser paladín tan infatigable que jamás se rinde al esfuerzo; orador fogoso, publicista fecundísimo, proveedor ocurrente de recursos, que lleva su palabra, su ardor y sus pujanzas al Parlamento, a las Sociedades de todas clases, a la Prensa de todas las confesiones, así la nacional como la extranjera; y lleva sus propagandas al libro, publicando en breves meses obras importantes: sobre esto dos conocidas, una tan voluminosa que 659 páginas en 4.º mayor ocupa. Y rechaza enérgico los ataques que, en discursos universitarios, folletos, monografías y propagandas fanáticas, contra él dirigieran altas personalidades del magisterio; críticas y condenas que, llevadas por fanáticos, al Vaticano y a los palacios remontan, y a los tugurios y sacristías descienden. Y así hubo de tomar su patriótica empresa todos los caracteres de un ferviente apostolado, fruto de muy sentidísima religión: por la Huma-



nidad, por la Patria y por la Reparación de una raza y un pueblo, contra justicia criminalmente perseguido y destrozado.

Necesario es, con verdad, conocer la historia psicológica y los hechos cumplidos del protagonista, durante medio siglo, en obras no menos ardientes y transcendentales epopeyas, para comprender semejante esfuerzo; en lo físico, lo mental y pasional: siempre realizado al conjuro de alguna influencia femenina, ya conocida, ya reservada, pero religiosamente profesada. ¡Que gran verdad es, en el campo de los sentimientos que a pasiones llegan, que el tiempo no se compone solamente de horas y minutos, sino de amor y voluntad; y pronto el examen convence de que poco tiempo se tiene, y menguadas empresas se abordan, cuando en el alma se lleva poca fe y en el corazón escaso amor!





### III

**D**ESDE los primeros tiempos de su apostolado pudo fácilmente nuestro protagonista concretar ya, y definir con precisión, lo que entonces y siempre cabría llamar su «programa hispanohebreo», en el cual no es deseable, ni cabe ya una mayor sencillez; porque con respecto a los altísimos intereses en él comprendidos, sucede lo que acontece en muchos complicados programas de la vida social, y en infinitas y caóticas doctrinas de la religión, la filosofía y la ciencia; a saber: que lo esencial, lo positivo, lo de transcendencia, se reduce a muy contadas y sencillas verdades, conquistas o concesiones. Las suyas eran y son las siguientes: 1.ª, re-

conciliación moral entre ambos pueblos, España y Sefard, dentro de las leyes constitutivas y orgánicas nacionales; 2.<sup>a</sup>, defensa y depuración de nuestra lengua, contra las naturales decadencias y extinciones de una vida sometida a los muchos males que son causa de incorporaciones exóticas, adulteración y muerte natural, y 3.<sup>a</sup>, la organización de todos los elementos necesarios para establecer comunicaciones fáciles, cordiales y fecundas, entre los mercados de Oriente y nuestros centros productivos. Lo primero, bien practicado, con amor, cortesía, concesiones honoríficas sencillas y facilidad en la naturalización, y en aquellas formalidades consulares necesarias exigidas, hubiera servido para despertar intensas corrientes de cariño, gratitud y reivindicación de prestigios nacionales, que son a España muy necesarias, ante el mundo. Lo segundo, esencialísimo es a nuestra grandeza, hoy muy menospreciada; ya que trata de mantener sin compli-

caciones, esfuerzos ni sacrificios, la más hermosa de las soberanías, la más simpática, la más reproductiva, la que más persiguen alcanzar todas las naciones, cuando se preocupan de su riqueza y de su esplendor, el idioma. Y la tercera es nada menos que la reconstitución y el mejor desenvolvimiento de nuestras industrias y productos. Veinte años perseverando en estas ideas, nos las presentan cada día más sencillas y practicables, y solamente la incuria, la ignorancia, la inestabilidad de nuestros gobiernos, la falta de hombres de Estado en España, explican que semejante programa no haya tenido al punto cumplimiento; y nos hallemos hoy casi como al principio.

Este programa lo llevé a todas partes; se lo expuse a todos los jefes políticos y lo ensalzaron todos, desde el Monarca abajo; pero como siempre, con él acreditamos nuestra proverbial ineptitud y desidia, y por este desamparo oficial, relativo, el apóstol anda y anda, siempre cre-

yente y sin reposo, sufrido y resignado, con el bordón en la mano, peregrinando por una idea que santa religión de humanidad es. Quede descartado, por consiguiente, hasta nuevo orden de cosas, que eso seguro es vendrá luego, ese apoyo manantial de alientos, que por ser oficial debía ser el primero y más eficaz de todos, como lo será algún día. Surgieron de otro lado, en España, frente a las tradicionales resistencias, algunas, no muchas, adhesiones; el paladín recogía numerosos aplausos, abundantes declaraciones de adhesión le llegaban oriundas de medios universitarios, sociales y demócratas; pero como no reclutó ninguna fuerza sería, por desconfiar de su naturaleza, su espíritu y su no visible eficacia, hubo de prescindir de ellas también. ¡Por aquí, no aparecía la fuente de inspiración, ni la obra colaboradora!

La grey hebrea mundial, enterada del suceso, podía haber acometido esfuerzos organizados; pero ni de fuera, ni de den-

tro, presentóse nada que mereciera estimación. El apóstol recibía de todo el mundo, sí, testimonios de alabanza, de gratitud y fervorosos deseos por su triunfo; pero esto no pasaba de ser un poco de lirismo espiritual, por su índole incapaz de arrojar propósitos, tentativas ni auxilios formales. Y tales empresas no se abordan ni nutren con cantos.

En resumen, que el doctor se veía solo ante uno de los problemas más complicados, difíciles y peligrosos acometidos en la nación española, por el curso de su gloriosa historia. Cualquier otro que no fuera él hubiera renunciado a su idea, y hubiera por siempre desistido; pero Pulido, desde muy antiguo tiene acreditadas cualidades valiosas para tales casos, que no podían faltarle ahora. Son éstas: consecuencia, con el carácter de perdurable; sus sentimientos, de los cuales jamás deserta cuando los cree útiles al bien público; la fe ardiente en los altos ideales y en su poder expansivo; y además concebía la

esperanza en un progreso que tiene siempre que verificarse fatalmente, porque corresponde a la ley natural de las evoluciones biológicas, sean cuales fueren los seres y los motivos, en quienes y por lo que se cumple. Y por último, el desinterés más absoluto en lo que respecta a los execrables beneficios crematísticos: cualidad, ésta, que permite esperas y calma codicias.

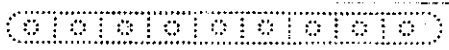
En las empresas difíciles de este linaje el apóstol se decía: hay que recordar la sentencia de La Rochefoucauld cuando advierte: «Nada es imposible: siempre hay vías que conducen a todas las cosas; y si la voluntad no falta y se muestra suficiente, siempre aparecerán para el éxito final los bastantes medios». Con verdad, a la corta o a la larga, nadie se halla aislado; menos aún si, quien se arroja a la epopeya del bien común, sabe tomar su puesto en las aspiraciones de una armonía universal, y cuida de abrir su alma a todas las impresiones de esta armonía.



«En casos de esta índole, decíame, ningún espíritu firme debe renunciar jamás al sumo bien, mientras no encuentre en su camino lo que puede arrastrarle a su inevitable disolución.» Pensamiento de Séneca es éste que debe armonizar con aquella sentencia que formuló Renán, cuando señaló una sola investigación eficaz, si se ha de alcanzar vida feliz y bienhechora: la investigación del bien y la de la verdad; y modo único de estar contento será hacer buen uso de ella. Luchemos, pues, POR LA VERDAD Y EL BIEN.







#### IV

**P**ERO todas estas disquisiciones, pensamientos y filosofías nacidos en la mente de Pulido, ante el magno problema cuya resolución abordara solo, no habían de llevarle a la deserción de sus compromisos espirituales, porque su alma romántica habiale ascendido ya a los *cielos del ideal*. Y siendo Pulido prototipo de seres sentimentales, un esclavo siempre de sus amores y sus cultos, la convicción íntima y firme de que sus propósitos, una vez realizados, habían de producir grandiosos bienes a la Humanidad, a la Religión y a la Patria, le tenían, como clavado a madero santo, en el *sublime ideal*, confiando siempre en que Dios le

proveería del compañero auxiliar que había de ayudarle en sus esfuerzos y había de gozar sus éxitos: y este ser surgió espontáneamente, en el momento más crítico de sus estudios, cuando comenzaba los trabajos para ponerse en contacto con el mundo hebreo, y necesitaba tomar, en sus fuentes naturales, los elementos de información necesaria para escribir su libro deseado, *Españoles sin patria*. Este ser fué una mujer hebrea que se llamó Marietta Mica Gross (nacida) Alcalay, la cual surgió ante el romántico apóstol «como llovida del cielo».

.....

No puede el cronista abordar esta parte de su relato sin sentir una emoción profunda de dolor y de ternura, una verdadera aflicción, porque esta admirable colaboradora de su obra representa, como a continuación se ha de ver, uno de los más celestiales amores de su vida, uno de los motivos más conmovedores de profunda e imperecedera gratitud, y

la causa tal vez de que su pesadilla y cometido hebreo llegaran a las realidades que han podido alcanzar. En la otra vida reposa ya, e imposible le fué, por lo tuzgaz de su consorcio con apóstol tan recientemente nacido a la épica empresa, conocer su obra. Muchos años hace ya que el Ser Supremo que rige los destinos del Universo, ese Director misterioso del divino concierto de las esferas planetarias, ha juzgado y premiado el noble y piadoso culto sentido por su religión y su histórica patria hispana, donde gran devoción y preciosos sentimientos hubo de poner, que modelos fueron de las mayores delicadezas femeninas.





¡¡¡¡¡

... y volvió a ser ...  
... y volvió a ser ...  
... y volvió a ser ...  
... y volvió a ser ...  
... y volvió a ser ...

**M**ARIETTA Mica G. Alcalay, a quien el cronista llamaba en vida siempre por su musical y lindo nombre Mica, era una dama distinguida, hija de madre servia y de un alto empleado bosniano, quien desempeñó la Dirección de Aduanas en Bosnia, antes de que esta provincia fuese incorporada al Austria.

Casada Mica muy joven con un israelita alemán honorable, había trasladado su residencia a Trieste, donde se puso al habla con Pulido. Era descendiente de judíos españoles, que en pasados siglos residían en Alcalá de Henares, de donde le venía el apellido, y emparentada se hallaba con muy distinguidas familias de



Bosnia, Servia, Constantinopla y otras distintas regiones de Oriente, lo cual le permitía tener y gozar muy dilatado campo de relaciones distinguidas: circunstancia que hubo de servirme muchísimo, para que pudiera llevar a cabo, con brillante fortuna, el primer pensamiento que había concebido: la publicación de una obra racial que, de un lado, bastase a servir, por sus datos, como vínculo de unión entre los millones de seres que forman el sector sefardí del pueblo judío; y de otro, proporcionase elementos de estudio, emoción y provechosas enseñanzas a todos los españoles.

Mica se hallaba en el curso de la cuarta década de su vida, lo cual hacía suponer que todavía gozaba de florida juventud y tenía ya una sana experiencia de la vida y las necesidades de su pueblo. Era hermosa, de fina y delicada belleza, y su rostro ovalado, siempre risueño, atraía con miradas penetrantes, a la par dulces y sugestivas. Su boca pequeña, de







Mica Gros de Alcalay (Trieste).

labios bien dibujados y graciosa comisura, y su piel fina, en todo el rostro, y de blancura alabastrina, como suele serlo la de las mujeres de nuestras provincias orientales, Valencia y Murcia, le daban todo el aspecto precioso de una bella dama española, flor encantadora de nuestras vegas y paradisiacos huertos levantinos: de allí, donde lucen sobre el azul del cielo las palmeras, y los árboles cargados de naranjas se adornan con los estallidos de las flores de azahar, de las cuales parece que las huertanas toman los tonos de su piel y los perfumes de su aliento. Su cuerpo era esbelto, bien proporcionado, y seguramente, por lo que sus retratos en dicho libro publicados revelan, de porte airoso. Cabellera opulenta, no negra por entero, algo clarita, pero con reflejos de ala de cuervo, coronaba seductoramente, formando precioso casco de Venus, su busto gallardamente plantado. Era en el vestir elegante y sencilla, al mismo tiempo. En resumen, por

lo que enseñaban sus retratos, y por los informes que yo pude adquirir de un amigo de la familia que vino a Madrid, y me hizo una visita por encargo de ella, Mica era lo que en España llamamos una monadita adorable, un tesorito de encantos. Cumpliría yo mejor diciendo: que era un modelo de esa mujer hebrea, hermosa, ideal, tan seductoramente cantada por Salomón en sus inmortales libros de la *Biblia*.

Mica era lista, inteligentísima y estaba adornada con las gracias y ornamentos que realzan una distinguida educación, según se desprendía de las copiosas informaciones que me mandaba. Poseía el alemán, turco, italiano, francés y demasiado bien el español para, como parecía natural, lo hablase por aprendido en su familia, aunque algo lo había perfeccionado con los estudios que hiciera de la lengua madre, leyendo nuestra literatura nacional. En lo que ha publicado de ella mi libro he ordenado que se atendie-

se a los vocablos exóticos de sus cartas, porque me importaba que conservase mi obra los escritos hebreos, con las huellas de la degeneración que había sufrido el idioma de Cervantes durante cuatro siglos. Mica no había estado nunca en España, pero vivía con deleite la leyenda que mantienen los hogares hebreos acerca de su antigua madre patria, quienes muy hermosa la presentan; y con esto mostrábase orgullosa de su remoto origen hispano, el cual estimaba como símbolo de una positiva y reconocida aristocracia. Por ello deseaba servirla, con alma y vida, así en su exaltación moral como en sus esplendores materiales.







## VI

CUANDO yo comenzaba a publicar mis artículos iniciales sobre esta causa, en la *Ilustración Española y Americana*, cierto día del mes de Marzo del año 1904 me encontré sorprendido con una tarjeta postal procedente de Trieste que decía así: «Muy señor mío: una judía española que ha leído con mucho interés los magnánimos artículos en favor de los judíos españoles, envía a usted, señor doctor, su grandísima admiración. Permítame usted de felicitar las buenas pascuas con mis más cordiales saludos».

Tenía esta tarjeta la fecha siguiente: 27-III-04. Esta inesperada misiva me causó una impresión grande, y en mí, justifi-

cada por dos motivos: porque era el principio de una correspondencia directa y personal con el pueblo hebreo despararramado por el mundo, la cual muy pronto había de adquirir vuelos, desarrollos y enseñanzas de un valor extraordinario; y porque era la vez primera que una dama judía española se me dirigía, en aquellos términos de tan delicada y encantadora gentileza. Contesté al punto en carta amable y pensada, con especial amoroso estilo escrita, en la cual, luego de responder cual cumplía a su saludo, me felicitaba de tener su postal, y le invitaba y hasta le rogaba que me ayudase con fe y ardor, en empresas donde veía—por mis artículos de *La Ilustración Española* y mis discursos del Senado que habían sido publicados en la prensa judía de toda Europa—me hallaba seriamente comprometido. Siempre amantísima de su España legendaria, Mica, y deseosa a todas luces de tener en Madrid un amigo afectuoso que le escribiera y mandara libros



de aquella patria perdida, que le ensalzara su madre en la infancia, vió con mis respuestas, como solemos decir, el cielo abierto. A mi vez, hallándome siempre solo, y habiendo comenzado con bríos el período de las informaciones mundiales, que rápidamente habían de adquirir un interés y una dispersión como jamás se había dado en la historia española, sobre tratos de ninguna clase entre dos pueblos, que, si habían formado durante siglos un cuerpo y un alma nacional, se habían, en el siglo xv, separado trágicamente para no tratarse absolutamente nada, yo ví también otro cielo abierto; y no pude meno de pensar que debía ser éste, es decir, el Cielo, quien determinaba la relación de dos almas, distintas, sí, pero muy hispanas, encendidas con noble patriotismo, las cuales, para bien de tan noble causa y sacrosanta religión, habían de formar muy en breve una sola.

Así fué; desde el 27 de Marzo de 1904, fecha de la primera postal, hasta el 21 de

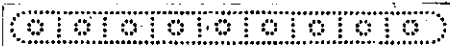
Abril en que me escribió la última carta que de su preciosa colección guardo: es decir, durante un año y un mes, se desarrolló y mantuvo una correspondencia nutridísima, como que habíamos de recibir y contestar, cuando menos, dos o tres cartas por semana, algunas de seis y ocho páginas, con letra pequeña y líneas apretadas, encerrando interesantes y disertos informes: porque yo no me cansaba de pedir datos, descripciones de costumbres, estadísticas, retratos de personas distinguidas, de uno y otro sexo, cartas y muchas recomendaciones para dirigirme a las colonias hebreas de otras provincias y pueblos de Oriente; y Mica, siempre pronta, amabilísima y servicial, me dejaba muy satisfecho, y huelga decir que asaz conmovido y con profundo reconocimiento. Y siempre Mica, cada día más encantadora y adorable, no cesaba en su retorneo de manifestarse orgullosamente española, y decirme que estaba muy contenta correspondiendo con

un excelentísimo señor senador español: quien le escribía cartas cariñosas y llanas, le enviaba libros, retratos suyos y de su familia, estampas y otros pequeños obsequios, en paquetitos postales. A este modesto envío, en gran parte realizado por mi esposa, Mica respondía enviando pañuelos, laborcitas de bordados, encajes..., hecho todo de su mano.

La información de Mica era muy interesante y completa; hallábase bien redactada y era tan ordenada y minuciosa como si fuese escrita por un cronista distinguido de alta prensa. Muchas de estas cartas fueron publicadas en los diarios y ocupan algunas páginas del libro *Españoles sin patria*.







## VII

**E**STA correspondencia me permitió formar una idea exacta de la importancia y el número de las colonias sefardíes de todos los pueblos de Oriente, donde vivían muchos centenares de miles de judíos españoles; de sus gustos, sus aficiones, recreos, costumbres sociales, labores domésticas, amistades... cuanto podía servir de motivo y expresión de agasajo a la sed insaciable de noticias que yo sentía constantemente, por mi ferviente deseo de reunir materiales para la obra. Y gracias a esta correspondencia, y a otras informaciones que me proporcionaba como podía, hubé de aprender, considerando que eran auténticos los datos, lo siguiente:

Mica era un modelo excelente de la dama hebrea, porque en ella se daban las virtudes y prácticas de las mujeres de la Biblia, al mismo tiempo que las sociales de la vida moderna: aquéllas para el interior del hogar santo, éstas para las relaciones de orden exterior. Y lo que el cronista expone consta seriamente en muchos documentos fidedignos.

Mica tenía esa belleza pura y noble que hemos descrito y que corresponde al tipo bíblico bien conservado. Cumplía, por tanto, con tan precioso don aquel precepto divino que Dios señaló a las mujeres de su dilecto pueblo; y en cierto modo en sus dones excelsos ampliado, porque la raza sefardí se había mantenido y mezclado con los naturales de España, durante muchos siglos, bajo el ardiente sol y entre los ricos pensiles de nuestra nación. Precepto señalado por el Altísimo, y que recuerda Fray Luis de León en su precioso estudio *La perfecta casada*, donde dice así: «La mujer israelita ha de

constituir la alegría del hogar; y es bella y es virtuosa.» Y pudiera añadirse que ha de inspirar, con sus castas seducciones, aquellos idílicos, ternísimos y pastoriles cantos que encuentran en el *Cantar de los cantares* las más graciosas, perfumadas y sentidas alabanzas.

Mica era naturalmente hacendosa, y por ello cuidaba de su hacienda; y aunque de muy distinguida familia, se entretenía con las humildes labores. Mica, por tanto, en caso de apuro, y para toda clase de menesteres, hubiera imitado a Tamar, la hermana de David, quien hija de rey era, y servía tazas de caldo a su hermano enfermo; y, como Raquel, en caso de necesidad, hubiera apacentado los ganados de su padre; y, como Rebeca, hubiese ido lejos, cuanto necesario fuere, en busca del agua que sería forzoso sacar del pozo, y la hubiera llevado al hogar sobre sus hombros: es decir, Mica hubiera cumplido cuanto hubiere demandado la buena marcha de un ho-

gar siempre bendito; como que Mica hasta se hacía los vestidos. Es decir, para terminar, Mica mostraba tener tan buena disposición para el régimen de los asuntos interiores, los altos y los bajos, como para escribir crónicas literarias costumbristas modernas, y llevar con acierto y gallardía toda aquella administración de datos y correspondencia que este doctorcito español le había creado, que no era floja ni bien retribuida. Decíanme que era, además, modesta con la servidumbre, como lo era Ruth; y mostraba gracioso talento, como el de Esther. Circunstancia que no recuerdo ya es la que se refiere a su cualidad prolífica, no sabiendo si hubo de criar hijos, lo cual es importante, porque la condición fecunda es de las más estimadas y propias en un pueblo que juzga oprobiosa la esterilidad, y ofrece casos, como el de Abia, de quien se refiere que tuvo veintidós hijos y diez y ocho hijas.

Pero Mica, en el supuesto de no haber



tenido hijos dentro del hogar, yo bien sabía que los tenía fuera; más que Abia, porque como hijos suyos consideraba a todos los seres de su raza; y ayudábame lo posible en mi afán por darles buena ventura: y así uniósese muy contenta al exótico apóstol cristiano, que ni siquiera de su raza y religión era, pero a quien veía interesado en el cumplimiento del mismo deseo. De esta suerte ambos se tomaron de la mano, y poniendo de lado impedimentos de confesiones, razas, pueblos, etc., etc., ambos sentían que sobre todo lo que era accidentalmente humano, se hallaba el supremo mandamiento de Dios: Quien dice cómo los hombres todos han de considerarse hermanos, y deben asistirse sin distinción en sus necesidades; precepto divino que procuró cumplir aquel par de buenas almas como ritos de una común religión, así con sus escritos como con sus hechos.

Y ésta fué, no otra, la doctrina de humanidad que, durante más de un año,

practicamos y procuramos escribir en nuestra obra, para que corriese por todo el mundo, y conmoviera muchas almas, y hasta arrasare con lágrimas infinito número de ojos.





## VIII

Muy deleitosa y efusivamente íntima era, y así podía gozarse, aquella colaboración nacida de una continua casualidad, y ya, claro es, desarrollada con la natural pasión que producía en correspondencias tan frecuentes la natural confianza que debía muy pronto de establecerse, entre corazones que sentían el mismo ideal bienhechor y habían concertado unirse para realizar una tarea que hubo de encontrar, muy pronto, su forma más concreta y expresiva en la redacción de un libro, acerca del cual descontado estaba que había, por su naturaleza, de producir grande sensación, dentro y fuera de España: por su valiente sentido po-

lítico, por no haberse discurrido ni abordado nada semejante durante cuatro siglos, y porque su inspiración se había buscado en las fuentes purísimas del amor a la Humanidad, a la Justicia y a la profunda y trágica desventura de un pueblo, que tiene derecho a las grandes reparaciones y cuya implacable persecución ha constituido siempre, constituye y constituirá la afrenta mayor de todas las civilizaciones que la consientan. Y este libro había de llevar los destellos mentales más solícitos de aquellas dos inteligencias, y las esencias más puras de aquellas dos almas que no se conocían, nunca se habían visto, era probable que tampoco se vieran en lo futuro, y a mayor abundamiento habitaban sus cuerpos en las capitales de dos naciones muy apartadas. ¡Cuán hermosa, revelaba esto, era aquella conjunción espiritual de los que tenían tan finamente templado el cordaje de sus sentimientos, para que resonaran simpáticamente con la nota de

las mismas pasiones, una vez puestos en frente de los hechos más trágicos de la Historia, las supremas necesidades de la vida y las imperativas exigencias que proporcionaba—a una y otra de las sendas patrias amadas, hoy en positiva desventura—el sumo bien de reconstituir moral y materialmente, en los términos posibles, aquella gloriosa patria común, en la cual se había desarrollado, y resplandecido, una de las más gloriosas civilizaciones de la Historia: la civilización hispana medioeval, a la cual habían aportado sus aguas tres grandes ríos: el Árabe, el Semita y el nativamente Español o Ibero. Armonías de esta naturaleza, por lo raras que son, pocas veces se producen y llegan a buen cumplimiento de su destino. Mas cuando así sucede, los dos laboriosos militantes de aquella epopeya gozan grandes satisfacciones, aun en lo rudo y peligroso de la pelea, porque ambos beben las mismas linfas purísimas de un ideal, y elevan sus corazones a los gozos

divinos de una felicidad ya intensamente mística. Por eso no existen, entre ellos, las estridencias y clamores que denuncian esas discordancias dramáticas que amargan la vida y destruyen el bien de los más felices destinos; ni existe aquel hondo y continuo protestar de afanes y propósitos incesantemente contrariados; discordias que parán necesariamente en desaliento, tristeza y desesperanza, y obligan a exclamar, de una y otra parte, como lo hacen cónyuges reñidos, que el divorcio esperan y buscan, diciéndose: «¿Cómo has de aspirar sinceramente a lo que yo aspiro, si no amas lo que yo amo, no crees lo que yo creo, no deseas lo que con afán ardiente busco, nunca te enardece con espasmos de felicidad el bien hermoso que yo con ardor persigo, ni ves sobre nuestras cabezas ese cielo divino y luminoso que mis sentidos alegra y mis más apasionados sentimientos embarga!»

Pulido halló lo que necesitaba; ese amoroso acicate que —cuando sirve a un

bien supremo y encarna su símbolo en una mujer de cualidades verdaderamente adorables, de espíritu superior, capaz de comprender, servir y oficiar como sacerdotisa en las altas empresas de la Humanidad — se convierte, en el más sugestivo para el hombre apóstol y le acucia las ansias del trabajo, le enardece los ímpetus en la lucha, mantiene su ardor y su pujanza durante la epopeya toda; recibe y sufre con la alegría del mártir las heridas, y ofrenda todo en el ara santa del ideal perseguido. ¿Y en donde se podía hallar tan admirable compañera, sino en el seno más delicado y resuelto, más hermoso y clarividente de Israel: la mujer hebreá?

De esta suerte, deléite fue la tarea de rebusar datos, adquirir fotografías, recoger romances de los antiguos tiempos, perseguir baladas, refranes, aquellas sentencias y cántigas que alegraron el ambiente de los hogares santos; y esta era la tarea que juntos realizaban en la conjun-

ción posible de sus espíritus. Y como todo el fruto adquirido era llevado en seguida al libro, éste iba creciendo poco a poco; los pliegos impresos aumentaban, la ilustración de los fotograbados y los progresos que lentamente se cumplían alentábalos, y Mica tenía las noticias incesantes que le comunicaba su compañero, de quien las solicitaba con su asidua correspondencia.

Interés había en que no faltase el retrato de la celosa damita, el cual había de ser uno de los más atendidos de la obra. Y a mi petición contestó Mica mandando uno muy lindo, hecho en su juventud, en el cual una virgencita muy encantadora aparecía vestida con traje de aldeana de Estiria, bella y gentil, muy seductora, como aparecen las estrellas de las operetas de grande espectáculo. Aceptado y agradecido fué este retrato; pero Pulido requirió que se le enviase otro más moderno con elegante traje de sociedad actual; y como Mica encontrase de buen





Mica Gros de Alcalay, en traje  
de aldeana de Estiria.



gusto este deseo se hizo un retrato precioso, en el cual lucía mejor sus encantos, porque para él se había hecho un vestido de tela brochada; un boá de pluma realzaba más su busto, y su linda cabeza, graciosamente peinada, aparecía con todas sus muchas y naturales seducciones.

Marchaba bien nuestra tarea; el libro de ambos, donde habíamos puesto nuestra común pasión, tocaba a su fin y Pulido pudo anunciar a Mica que muy pronto recibiría el primer ejemplar que fuese encuadernado. Este libro era, por consiguiente, esperado con una impaciencia tan viva y regocijada, de Mica, que pudiera calificarse ya de infantil.

¡La tragedia de Mica fué breve! Mica no me escribía. Sus cartas deleitables, que mi esposa y yo leíamos como si fueran de una hija, no llegaban. Pulido sintió grande alarma, y apretando en requerimientos de noticias pudo enterarse de que Mica había sufrido un accidente de caída y estaba en cama. Desde ésta

escribió todavía una sentida carta a su amigo el senador, siempre cariñosa. Pasan días y sigue el silencio. Nuevas informaciones llevan a Pulido la noticia de que Mica está sin vista, y Pulido, médico, se aterra, porque comprende la gravedad mortal del accidente y teme un pronto y definitivo desastre. Días después, Pulido recibe una esquela mortuoria donde consta que Mica murió el 18 de Mayo a las dos de la tarde, *dopo breve e penosa malattia*, según decía la esquela. Noticias del suceso, por mí solicitadas, me hicieron saber que Mica había recibido el libro, lo había tenido con frecuencia en sus manos, palpaba las páginas donde sus cartas estaban publicadas y aquellas donde impresos se hallaban sus dos retratos, y los acariciaba con sus deditos finos, marfileños y virginales; pero, ¡ay!, nada pudieron ver ya aquellos preciosos ojos que tantas cartas cariñosas leyeron de su amigo, durante un período de trece meses, sin un día de interrupción, y que por su

texto tenían todo el valor virtual de una vida de muchos años. Mica falleció, dejando en el mayor desconsuelo a su familia, a sus amigos, a cuantos la conocían, ya que conocerla sinónimo era de adorarla, porque Mica era el ángel encantador de las bondades sumas, de las ternuras exquisitas, de las virtudes inmaculadas, como lo eran y son algunas otras amiguitas adorables que ha podido conocer y tratar, de la raza hebrea, el autor de esta crónica.







## IX

CUANDO Pulido se enteró del drama horrendo sintióse consternado, y se sumió en el abismo de una intensa aflicción y desconsuelo. No podía comprender, ni admitir, que una desgracia tan inopinada fuese cierta. El esposo que se casa enamorado, y que ve cómo un accidente le arrebatada de pronto su encantadora y adorada compañera, no siente mayor tribulación y desconsuelo que él. Esa exquisita sensibilidad y profunda desolación que determinan las grandes emociones consecutivas a las pérdidas de los seres más queridos, tuvo en el amigo de Mica su asiento, y Pulido lloró; y atormentóle largo tiempo incu-

rable pena, una tristeza tan tenaz, que sumiólo en larga y recogida melancolía; siendo un hecho que estos dolores del alma, por la contextura y temple especial de sus sentimientos, Pulido los curó mal y tarde, en sus propios sufrimientos, ya que de ellos hasta culto de religión hace. Mucho sintió también la desgracia Emilia, la esposa santa y querida de Pulido.

Habían comenzado las relaciones literarias con Mica precisamente cuando su apostolado comenzaba a operar en el mundo sefardita, solicitando informes sobre el pueblo diseminado por la haz de la tierra; y Mica dejaba de existir cuando la obra estaba ya terminada y los ejemplares corrían por el mundo. Había muerto la colaboradora teniendo en sus manos el primer ejemplar que yo tomara de la imprenta, y enviáralo con inefable contento, en homenaje de cortesía, a la gentil y bella autora de tantas preciosas narraciones *¡Españoles sin pa-*



tria era el libro de los dos! Todo el curso emocionante de su escritura y su expresión habíanlo recorrido ambos con iguales ansias, comunicándose confiadamente, como almas que marchan juntas, muy unidas, siendo cristiana la una y siendo hebrea la otra. Y de pronto, la de Mica, como ángel que baja de los cielos con el fin exclusivo de realizar una misión providencial, y cumplida ésta vuela a la gloria buscando el lugar escogido y natural que le corresponde, cerca del trono de la Virgen Madre, asciende con vuelo rapidísimo, haciendo sonar el batir de sus alas de mensajera divina; deja, transfigurada, atónitos a todos los que la adoraban, muy singularmente a este desventurado cronista y apóstol, que desde entonces hubo de dar en soledad espiritual, porque había perdido la diosa de sus ideales, cuando tenía en frente una lucha sostenida, apasionada, con todas esas tremendas resistencias que sugiere la infinita variedad de intereses, en una

campaña que afecta a la historia, a la religión, a la política, a la patria, al comercio, a numerosísimos y variados órdenes de prestigio. Y además, los que habían de excitarse por las osadías, pujanzas y arrestos que mostraba su autor, lanzándose a pelear descubierto y sin visera alguna, con fe de mártir y con espíritu y vocación serena de sacrificio.

Y esto que se dice tan exacto era, cuanto que todo lo que había de acontecer contra el autor y su apostolado él mismo lo predijo, dándole una energía profética indiscutible. Y en el prólogo y el epílogo de su obra se halla. Predicho estaba, por consiguiente, que el camino abordado y la marcha emprendida, habían de proporcionarle numerosas y variadísimas heridas, en todos sus intereses, fuesen de la naturaleza que fueran. Y sabía—¡inocencia torpe argüiría dudarle!—que de rigor era se desatasen los más fieros fanatismos, y hasta que apuntaran los odios crueles, enfocándose so-

bre él; todos esos que, desde remotos siglos, sufre este pueblo, en quien corren pareja lo mucho que goza de admirable y lo muchísimo que sufre de desdichado; y acumulan sobre él las fatalidades biológicas y los desaciertos de torpísimos políticos.







## X

**N**o quiere el cronista dejar cerrada esta parte de su relato, donde esboza los primeros esfuerzos de su apostolado y los primeros libros de sus ya después numerosas publicaciones—siempre escritas y dadas a luz bajo la inspiración del Dios Creador, la Humanidad y los Supremos intereses de la Patria—, sin hacer, con toda la franqueza y el atrevimiento que le son habituales, algunas consideraciones pertinentes a la ética y los grandes movimientos psicológicos en que ha inspirado su conducta. Desea el autor que si, como espera, este trabajo viere la luz pública, sirvan sus enseñanzas, por modestas que fueren, para ren-

dir algún servicio en el campo de esos intereses supremos del bien público, que son los que le han inducido siempre, y le han alentado a la continua, en la serie numerosísima de sus obras, que ya de ciento veinte pasan, y en sus numerosos artículos, cuya cifra de miles cree imposible calcular.

Ha pensado Pulido siempre, también, que no hacer labor útil al bien social—y claro que en él está comprendido el bien personal—es perder el tiempo en lirismos literarios; y como en todas las capas sociales de la grey humana hay necesidades infinitas, que gritan pidiendo socorro, auxilio, justicia, razón, derecho, reparaciones y reconstituciones..., etcétera, etc., nada acomete, y su pluma jamás se mancha, si no ha de cumplir la moraleja que se desprende de la sentencia que dice: *Nisi utile est quod facimus stulta est gloria*. Es decir: «Imbécil será buscar la gloria de ciertos trabajos, si éstos no se enderezan al logro de una

bienhechora utilidad.» Por entenderlo así, en este libro y en otros que le han de seguir, desea afrontar la psicología de ese sentimentalismo romántico que, dentro siempre de las mayores purezas y celestiales gracias, puede y debe ser de grandes efectos, como agente determinante y conservador de estas epopeyas: que muchas veces parecen reñidas con la buena razón y los intereses más fundamentales de quien alza la bandera de un apostolado.

Y para que se comprenda bien, y pronto, adónde encamina el cronista su pensamiento, estima conveniente hacerse, por el momento, la siguiente pregunta, que sorprenderá a mis lectoras: ¿Estaba Mica enamorada de Pulido? ¿Lo estaba Pulido de Mica? ¿Qué influencia ha ejercido este sentimiento en esa labor, de evidente importancia, que tuvo su buen cumplimiento en una obra, hoy ya muy conocida en el mundo, y que está produciendo frutos ópimos, los cuales serían

*Micas, historia*

mucho mayores si España tuviera hombres de Estado, y las comunidades gobernantes, que rigen tan a ciegas los destinos de la nación, amaran su patria algo más de lo que la aman?

La contestación la da desde luego el protagonista diciendo, que había numerosas razones para pensar que Mica, aun siendo purísima como los ángeles del cielo, se hallaba espiritualmente enamorada del senador español, que tan valiente y, para ella, tan grato apostolado había acometido. Y con respecto a nuestro protagonista, inferiría éste un agravio a su propia caballerosidad, si no confesara, con gusto, que se había noblemente apasionado, con amor intenso, de su gentil y bella colaboradora.

Y he aquí un tema tan curioso como original en que ha de ocuparse el cronista, desenvolviéndolo en el capítulo próximo, con la brevedad y delicadeza que su naturaleza requiera.





## XI

**E**L libro escrito por Pulido con ayuda de Mica, para que sirviera de base a su apostolado, no podía tener otra inspiración ni otra fuerza que la del amor cristiano para con Dios, mirando al cielo y la patria; y el amor entre los hombres, mirando la tierra. Heredero espiritual Pulido del gran Castelar, en esta obra, donde sus sentimientos y su política habían de reflejar las máximas comprendidas en los recuerdos de Italia, y las frases divinas pronunciadas al terminar su inmortal discurso del 12 de Abril del 69, cuando formuló el paralelo entre el Dios del Sinaí y el Dios del Calvario, en esta obra se había creado la única disciplina posible de su

espíritu, y tales sentimientos en su corazón, que su apostolado sólo con la paz y el amor podía aspirar a conseguir el triunfo. «La religión del poder es grande, sí, pero lo es más todavía la del amor; la religión de la justicia implacable es inmensa, sí, pero la supera la del perdón misericordioso»—había dicho al mundo en su inmortal discurso Cañstelar—. En buena interpretación moral el Evangelio ordena, que cuanto los códigos fundamentales de los Estados legislen, ha de ser para que los ciudadanos gocen por igual, y siempre, buenos tratos de *libertad*, de *fraternidad* y de *igualdad*. Bien claramente y con cláusulas enérgicas, hubo de cerrar el prólogo del muchas veces mencionado libro; y hubo de manifestar, luego de hacer constar el autor su fe cristiana, que la paz, la caridad, la esperanza y el amor habían de inspirar toda la obra; y estos sentimientos, no otros, adoctrinarían todo el régimen de actuaciones que de ella se dedujera.

Pero ¿acaso podía haber otras inspiraciones, ni otra doctrina diferente? En buenos principios, este sencillo postulado no entrañaba más que la esencia de todas esas sublimes y bellas ideas; y normas, que los moralistas, los pensadores, los cinceladores de las sabias sentencias, y los preceptistas de los sanos consejos sobre humanidad y religión, difunden con obras maravillosas, que deleitan tanto, por igual, los espíritus escogidos, cuanto confortan los corazones atribulados.

Nada son ni serán los mejores movimientos de la voluntad si, a la postre, no se convierten en buenas acciones. Cuiden ser autores de bellas obras los que no puedan serlo de buenos libros; y vean todos los modos de magnificar más la potencia del espíritu, que la de esa material riqueza que se mide con la extensión: pues si ésta ha de hacerse, tratándose de un palacio, por ejemplo, de Oriente a Occidente y del Septentrión al Mediodía, la potencia

extensa de una obra del espíritu, por contadas y pequeñas que sus páginas sean, habrá que medirla mirando de la tierra al cielo. Así, de buen sentido será no desconocer hecho tan real, y fenómeno tan hermoso, como es el que en una oda cabe toda la ciencia de un poema épico entero; que escasas palabras, dignas de inmortalidad, pueden bastar para ilustrar grandes entendimientos; y que en ciertas máximas, pensamientos y frases, existe, y fácil es hallar, la belleza de un libro moral entero.

Nuestras cartas contenían necesariamente lindos ideales, y con éstos la correspondencia y la colaboración podían mantenerse siempre asiduas, fervientes, activas y con inmaculada castidad. Dentro de tal virtud, el alma, como diría Joubert (de cuyos espirituales pensiles algunas flores tomamos), el vagar del sentimiento era libre. Por esa castidad nuestra alma respiraba un aire puro, y aun si hubiera que llevarla por sitios maculados,

que en nuestro apostolado no era de temer y jamás habíamos de encontrar, tan impregnados de su gracia iríamos, que gozaríamos siempre de la luz y de la paz.

Levantados incesantemente al cielo nuestros ojos, bellas habían de parecernos también siempre nuestras miradas; y siendo la ternura estado dulcísimo del alma, el reposo más legítimo de la pasión, aunque nuestros sentimientos ocultos concluyeran por traicionar el secreto, como hacen los pomos con las más ricas esencias que guardan; aun en su misma revelación encontraríase deleitosa y dulce vida, porque de buena y firme naturaleza es que sean verdaderas, hondas y perdurables afecciones, aquellas que se muestren más dulce y delicadamente amorosas. Como supremo castigo, se dice, han de sufrir, quienes siempre han admirado mucho las mujeres, la fatalidad de seguir las amando siempre; pero aun considerando que por ser esta del

amor la más antigua y perdurable de las religiones, ha de hallarse sometida al cambio de los vinos viejos—los cuales, cuando calientan el corazón no inflaman ya el pensamiento—, hemos de proclamar que este peligro se halla conjurado desde muy antiguo, porque han pasado ya bastantes siglos desde que Tagore advirtió que el tesoro de la castidad nace de la abundancia del amor, por lo que importa al remedio del mal con el exceso mismo; y que bajo mil formas, y en todas las ocasiones, Dios advierte al hombre que la moral más pura y la religión más perfecta deben buscarse, y se hallarán, en esa conciencia imperativa que nos ordena amar a Dios y hacernos amar de Él; amar a los semejantes y hacernos amar también de ellos. Con uno y con otro precepto se advierte que se va siempre al final de la sentencia de que Todo en el Amor está; es decir, que él es el principio, el medio y el fin de la existencia humana.



## XII

**E**L cronista quiere volver su atención a los sentimientos de su linda colaboradora para despedirse de su melancólico recuerdo. Las cartas suyas, que guarda como si fueran reliquias de un pasado santo, manifestaban claramente un interés tan hondo, perseverante y dulce, por la persona, la familia, las obras y los apostolados distintos que tenía su amigo, que dejaban en el ánimo de éste una serena y seductora visión luminosa. Pasaban las cartas por su alma como surcan los grandes transatlánticos las aguas de las rías gallegas, marcando su marcha con esa resplandeciente fosforescencia que no parece sino el resplandor de las

Nereidas y Ondinas que allí ha de haber; las cuales, al sentir el cruce de los grandes vapores, encienden, para festejarlos, los palacios que tienen en el fondo de las aguas. Y como sabido es que estos resplandores mágicos son producidos por el levisimo roce que producen las quillas en el líquido elemento, de igual manera parecía había de entender que las ideas que iba emitiendo la carta con su lectura daban vida a miriadas de sentimientos finos, menudos y delicados, que se encendian de cariño sólo al estímulo espiritual de aquellas visiones seductoras. Las cartas de Mica eran, como suelen ser las de casi todas las mujeres, un dechado de ternuras, de primorosas delicadezas, en las cuales, al mismo tiempo que se mostraba un gracioso respeto, con testimonio de admiración, el espíritu investigador de quien sentía su corazón verdaderamente interesado podía lanzarse, respetuoso, a buscar el divino motor de la vida; es decir, buscaba las halagüe-



ñas manifestaciones de cierto interesado y celestial amorcillo.

El doctor, que suele tener ciertos pujitos de travieso cuando bien le viene y desea lanzarse a exploraciones, nunca insanas, en campos de pasión, tuvo una vez la idea de emplear cierto reactivo para saber el grado de sensibilidad con que Mica podía recibir la simulación de una quejita, cuyo fundamento era el de suponer que prestaba más cuidado y solicitud en responder a las cartas del doctor Max Nordau, de París, y Pinhas Asayag, de Tánger, por ejemplo, de la que le prestaba a él en sus correspondencias. Era ésta una bromita tanto más fácil de comprender cuanto que el mismo Pulido había puesto a Mica en relación con estas distinguidas y muy simpáticas personas, y le había rogado que sostuviera con ellas una correspondencia amorosa interesante y larga. Con este fin le dijo lo siguiente, en una tarjeta postal: «Me parece bien que escriba a Max Nordau y a

Pinhas; pero no me olvide, porque voy a rabiarse de celos y me va a dar ictericia.» Mica recorta de la tarjeta el trozo donde estaba escrita la humorística advertencia, la mete en una carta y la remite dando monísimas explicaciones, y con fervientes protestas de amor, como deseando tranquilizar un corazón receloso. Aprieto otra vez en igual sentido, entonces algo alarmada, me escribe una larga carta con fecha 17-XII-1904, donde se lanza ya, verdaderamente encantadora, a expresar tan intenso cariño al senador, que a ningún otro es comparable; y colocada en esta cuerda, le dice así:

«¡Dios mío, ya no sabe usted cuánto le admiro y estimo; ya no sabe que jamás pude admirar a otro hombre, pues no hay otro que le iguale en sus virtudes! Ya no lo sabe—¿para qué hacérmelo repetir hasta parecer una adúladora (lo que no soy), pues tengo motivos suficientes para comprobar mi sinceridad por usted?— Cuando leo en los periódicos israelitas los

artículos de mis correligionarios, que le ensalzan con palabras de admiración, me pregunto: «¿Y qué dirían aún si hubieran leído sus otras obras: sus *Miniaturas científicas*, sus *Grandes problemas*, su *Pena capital* y sus incomparables *Descripciones de viaje*? ¿Y usted piensa un momento que podría cesar de admirarle hasta que yo viva!»

Mica era lectora y entusiasta de Castelar; sabía que yo era su amigo íntimo y era diputado de su partido, y le mandé mi libro *Patria*, a Castelar dedicado, donde abundan los textos suyos, y, celebrando con frases lisonjeras el largo prólogo que lleva, por mí escrito, dice de él:

«Su estilo y elocuencia se parecen mucho a Castelar. A mí aún más me gusta usted, porque no repite las estésas frases para manifestar un sentimiento.»

Dejemos, con mucha tristeza, en el fondo del alma este recuerdo.

¡Cuán bella y celestial ventura hubiera sido para Pulido poder gozar el inefable deleite, que se forjó la ilusión de conseguir, haciendo, como lo tenía resuelto, una visita a Mica en el estío del año 1905! Esto le era sumamente fácil; pues acostumbraba, en todos los veranos, traspasar la frontera y recorrer, ya alguna de las naciones centrales de Europa, ya de las del litoral mediterráneo; y decirle lo siguiente, con la gentil cortesía que pudiera emplear un cortesano del Versalles de Luis XV, saludando, no ya sólo a la hechicera colaboradora, sino al símbolo de la mujer hermosa, heroica y fuerte de Salomón: lo cual, remedando su decir cervantesco, y entonando la sonora lengua de su antigua patria, pudiera tomar, *mutatis mutandi*, de lo que dijo Gonerila a su amado padre, el rey Lear, protestando de su muy alto y rendido amor:

Ámoos, Mica, más de lo que abarca  
la voz, más que a mis ojos, más que al aire,  
más que a mi libertad y más que a todo  
lo rico y raro. Cual la vida llena  
de fuerza, de salud, beldad y honra;  
cual hombre nunca amó, ni ha visto nadie;  
amor que aliento y la palabra anula;  
y aún más de lo que digo os quiero,

Nuestras almas tienen, como las poblaciones, su cementerio: espiritual el de aquéllas, material el de éstas. En ambos existen sus tumbas, en las cuales las injurias del tiempo y las extinciones de la pasión producen sus disolventes efectos; y así como en el cementerio de Montmartre y del Père Lachaise hay algunas que están constantemente llenas de flores—testimonio de perdurable recuerdo—, otras hay totalmente deshechas. El sepulcro de Mica lo conserva siempre en su alma Pulido, adornado de flores frescas; y a él acude con frecuencia, buscando en un recuerdo venerado alientos para continuar su epopeya. Hace de tal suerte, con esta memoria querida, el ci-

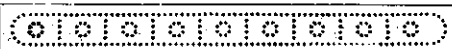
licio que punza en el corazón y tiende el alma sobre la cruz de los dolores, esperando en Dios aquella hora de la total confusión, en una eternidad insondable, con todos los muertos que tan queridos nos fueron en vida. Misterios son éstos que, según decía mi jefe Castelar en su discurso del 22 de Octubre de 1888, en Barcelona—evocando con plañidos, muy conmovedores por su grandilocuencia; el recuerdo de sus queridos amigos muertos, Santiago Soler y Pascual Casas—, de tal índole son, que ante ellos y su grandeza la palabra más sublime calla y la razón muere; misterios de sombras mágicas, expresión de la noche eterna, sin la cual no veríamos los ideales religiosos y divinos en el espíritu, como sin la intensa oscuridad nocturna de los cielos no veríamos las estrellas innumerables del espacio. Que así como la química de las plantas extrae de los terrenos y de sus estercolados fermentos, donde las raíces prenden, esas resinas, go-

mas, esencias, mieles, flores y frutos que nos deleitan materialmente, así nuestra fe destínala la Providencia a convertir la podre de los sepulcros en dolorosas nutriciones espirituales; y los tristes, luctuosos recuerdos en verdades, aspiraciones, pensamientos y energías de una santa inmortalidad. Y todo pára en aquel deseo ardiente de hacer el bien y desparrramarlo por el mundo: ese bien que arroba el alma de los que sienten la religión de un hermoso ideal.









### XIII

No siendo esta crónica otra cosa que un homenaje rendido a la mujer hebrea, para ofrendarle noble tributo de veneración y de cariño, que merece por sus virtudes, sus distintas bellezas morales y materiales, sus heroísmos, su influencia en los destinos del mundo, etc., en él ansiamos dejar algo del perfume de que se siente impregnado todo espíritu, culto y gentil, ante la mitad adorable del pueblo dilecto de Dios.

Mi ilustre y querido amigo D. Ignacio Bauer dió en el mes de Mayo de 1921, en un teatro de Ceuta, una conferencia sobre la mujer sefardí, la cual, viniendo de tan preclaro varón, notable publicista y sabio

académico, había de ser necesariamente interesante y hermosa; y al hilo cristalino de su fuente más de una vez fuíme a beber ternuras y delicadezas, que quería me sirvieran como de excitante licor para poner a tono mi pensamiento con la hermosura y el valer de tan distinguida representación del género humano.

No acabaríamos en muchos pliegos lo que el deseo nos pide decir acerca de ella, y sus excelsitudes merecen, si hubiéramos de exponer aquí tanto como piensa la mente y todo lo que siente el corazón.

El hado trajo a Pulido un destino que había de comprometer gran parte de su tiempo, de sus afanes y de sus discursos, en tan quijotesca aventura que al margen se halla de vesania: la de querer remediar, aunque sea en muy mínima parte, algo de las desventuras de este extraordinario pueblo; y ya se ha visto cómo y en qué grado hubo de tropezarse con la divina mujer, apenas comenzó a marchar por el camino pedregoso de sus afanes,

Mica fué para Pulido el símbolo de un ideal, y expuesto queda de qué manera lo aprovechó. Deber es suyo ahora, a todas luces muy grato, consignar que algunas bellas jóvenes y angelicales criaturas encontró también, quienes hubieron de alentarle, a su manera, actuando como de pequeñas *Micas*. Recordar debe, entre ellas, las hermanas Fina, María, Rosa y Clara Haim, de Berlín, que eran y continuarán siéndolo, un conjunto de bellezas, de artes finas y nobles distinciones que las hacían adorables; Elisa Guerón, de Andrinópolis, desdichada hermana de mi malogrado amigo Armando; Simita Benatar, de Gibraltar, prototipo de la gracia andaluza, como nacida en el Peñón; las bellas damas de las familias Pinhas Asayag, Pinto, Cohen..., y, ¿dónde dejo a mi encantadora Ramha, tan inteligente, tan culta, tan exquisitamente sentimental? Todas éstas y más que no cito, ¿qué fueron, y son, sino otras pequeñas *Micas* que conservaron, como sacerdotisas in-

conscientes, el fuego de su apostolado en el alma de este doctor, a quien con su amistad honraban? ¿Y cuánta ternura y gratitud no despertó en mi alma la jovencita Raquel Abudarham con aquel lindo artículo que en *Norte de África* vió la luz por 1920, donde exaltaba, con sentida elocuencia, ver puesta en la calle de Tetuán, que habita, la lápida con que se la destinaba y honraba al doctor Pulido?

¡Y cómo olvidar cierta inteligente hechicera señorita que en artes de poesía y literatura daba pruebas de poseer gaya ciencia, y a la cual, habiéndole yo enviado, durante algunas mañanas, flores y pensamientos delicados que hube de titular *Florecktas de Mayo*, teniendo gran confianza con el doctor, que los muchos años de diferencia justificaban, y las íntimas devociones que entre ambas familias existentes podían permitir, hubo de mandarle un día, en testimonio de filial cariño, una delicada poesía, que yo guardo en el rico tesoro de mi correspondencia con el pue-

blo hebreo, y tengo el gusto de publicar  
aquí como prueba de la finura y celestial  
pureza de estas virgencitas!

## G R A T I T U D

Con las flores que me envías  
He formado yo un jardín.  
En él viviré encantada.  
¡Todas me hablarán de tí!

Con el aroma que exhalan  
Embriagada estoy allí....  
¡Qué bien huelen mis ropajes!  
¡Todo te lo debo a tí!

¡Qué variadas son las flores!  
El jazmín...., el alelí....  
La pequeñita de almendro.  
¡Todas provienen de tí!

Por eso yo, al contemplarlas,  
Hechizada en mi jardín,  
Las tiro besos de amor....  
El más puro.... para tí!





XIV

**E**L cronista de esta historia.—la que presenta con toda exactitud, sin quimera ni fantasía alguna—advierte que ha remontado su pensamiento a lo más alto y precioso a que puede llegar el hombre, desde el momento en que presenta el caso de dos almas, de la naturaleza y en las condiciones antes descritas, realizando lo que repetidas veces ha llamado un ideal; y persiste que no cumpliría bien el importante fin que con su relato se propone, si no sacara de esta efímera labor altas y bellas enseñanzas; y el provecho que busca, desea y necesita obtener. Desde el momento en que el espíritu habla de un ideal y el amor juega en él,

ya todo ser pensante y apasionado se coloca en la región de lo más sublime y fecundo a donde puede remontarse la criatura humana. Ideal, desde el punto de vista puramente personal o individual, es toda perfección suprema que, en cualquier orden de intereses personales, concibe la imaginación del sujeto pensante. Ideal para la Humanidad, el bueno y alto ideal, es, en cambio, sólo todo propósito sublime, cuyo fin esencial se reduce al perfeccionamiento y exaltación de los más preciosos intereses y las más supremas necesidades del bien público. De tal suerte apreciado el adjetivo, puede suceder que la gama moral y el áureo valer de esta concepción transcendente del alma, suban desde las codicias más nefandas y criminales, hasta los apostolados más bellos y fecundos. Así, por ejemplo, jamás será un ideal la conquista de materiales riquezas o bienes para quien, teniendo un espíritu filosófico a lo Epicuro y Séneca, o un deseo humilde con-



traído al socorro de los desamparados, como el de San Francisco, deteste toda codicia de vanidades y riquezas, porque crea en sana filosofía cristiana—que de los cínicos fué en Grecia—que quien vive según la naturaleza nunca será pobre, y nunca será rico quien viva según la opinión; que muchas gentes con las fortunas que adquieren, sean las que fueren, no encuentran jamás un fin, sino un cambio, a veces desdichado, en el modo de ser y de sentir sus miserias; que la escasez que sacia será siempre preferible a la abundancia que no llena; y que ninguna posición en el orden de las ambiciones será tan segura como la que se coloca tan humilde y baja que jamás con ella se pueda caer. Y en cambio, será un ideal para quien lleva fuego santo en el rico tesoro de sus nobles pasiones, aquel espíritu de sacrificio y purísimas ansias de amor a la Humanidad, que puede estimar *cual supremo bien* rendir la vida y el alma por la conquista de estos perfecciona-

mientos de la moral de Cristo, donde la fraternidad humana y la ley de misericordia encuentran su misión más cumplida y bienhechora.

Y siendo esta la realidad, acontecerá que según sea la naturaleza del ideal y el sujeto que la sienta y busque, así será él, bueno o malo, plausible o vituperable, merecedor de premio o de castigo, veneno que mata o medicina que cura: en fin, labor bella que deleita el corazón, o pesadilla y tormento que destroza el alma.

El autor de esta crónica, que ha podido, por los modos de su temperamento y de sus gustos, concebir y acometer muchos ideales que bellos le parecieron durante su larga vida, no sintiendo nunca aprecio, grande ni chico, por codicias dineradas, enderezó sus odiseas, tras conquistas de bienes, recorriendo campos de misericordia, de amor y de caridad. Allí encontró lo que es de ley fatal se halle siempre, búsquese lo que se busque y camínese por donde quiera se marche: esto

es, deleites y goces que arroban sentidos espirituales y corporales, entreverados con dolores y sufrimientos de distintas clases, que atormentan la mente y el corazón. En la realización de tales empresas será suerte grande y bienhechora la de encontrar quien, compartiendo nuestro ideal, funde su alma en la nuestra; y marchando juntos en dulce compañía, unidos disfrutemos, unas veces, los exquisitos frutos que hubiere, y suframos, otras, las amargas hieles que fuere necesario beber.

Hallará esas convivencias hermosas que suavizan lo áspero del camino y aplacan los rigores de la adversidad, calmando, lo posible, los sufrimientos de un aislamiento que, en este género de epopeyas, abunda. Será siempre deleitoso y divino para campañas tales, y esencial dar con el alma gemela. Y así como en tatures y chirlatas los genios maleantes cuidan de conocer con quien se juegan los cuartos, en los bienhechores afanes de las obras santas hay que averiguar, por

parte del protagonista, con quién juega esas bellas pasiones que, en corazón puramente neto, muy a la continua se producen. Dulce y fecunda en bienes es siempre toda excelente compañía. Pero cuando la disonancia se manifiesta; nada será tan útil como la que de su propia personalidad saque el protagonista militante, convencido de que encierra gran verdad aquella sentencia de «nunca menos solo que cuando solo», y su más prudentísima resolución será la del solitario, en cuyos labios Lope de Vega hubo de poner expresión del siguiente pensamiento:

A mis soledades voy,  
de mis soledades vengo,  
porque para andar conmigo  
me bastan mis pensamientos.

.....

¿No sé qué tiene la aldea  
donde vivo y donde muero,  
que con venir de mí mismo  
no puede venir más lejos!

.....

Virtud y filosofía  
peregrinan como ciegos:  
el uno se lleva al otro,  
llorando van y pidiendo.

.....

Con esta *virtud* que digo  
y lo que pasó en silencio,  
a mis soledades voy,  
de mis soledades vengo.

Ha de entenderse, para poder adquirir en tales empresas y no rendirse pronto a los fáciles desfallecimientos, que a veces como loco será juzgado; ya que las más humanitarias y sublimes pasiones, cuando se mantienen con perseverancia, hacen frecuentemente que sea tenido por perturbado el hombre más sabio y hábil de los cuerdos. Y buena elemental reflexión debe convencerle ya, para la lucha necesaria, que, según dijo Sturin, no es buen jinete quien no besó la arena, ni se acreditará de buen luchador quien no tenga cicatrices. Toda convicción sincera ha de ser muy razonada y bien serena

en sus reflexiones, como será tenaz y fer-  
viente en sus acometidas. Cuide de no  
equivocarse o extraviarse en las tinieblas  
de la incertidumbre, tomando, según di-  
ría Cortezo, cualquiera luz por guiadora  
estrella polar. Piense, con Montaigne, que  
llevamos dentro una vida inmortal, y que  
es bien exacto advertir cómo a medida  
que se destruye el hombre exterior, se re-  
nueva incesantemente ese hombre inte-  
rior que en nosotros existe. No nos bur-  
lemos con engaños que a nosotros mis-  
mos alcanzar puedan, y pensemos que, en  
las buenas y sanas normas del ideal he-  
mos de prevenir afanosos no poner jamás  
nuestra honorabilidad en tan menguados  
artificios, que hayamos de avergonzarnos  
de nuestras más hermosas acciones, ante  
el caso, y con el peligro, de que el mundo  
pudiese ver cuáles son los verdaderos li-  
vianos motivos que nos las sugieren, nos  
persuaden y por consiguiente nos deter-  
minen a su ejecución. Reconozcamos, sí,  
ya que por ley de contraste es muy huma-

na verdad, que los vicios entran a menudo en la composición de las virtudes, como entran los venenos en la composición de los remedios; que, según dice también Larochevoucauld, el verdadero amor es como esos fantásticos espíritus de quienes todo el mundo habla, pero a los cuales pocas gentes han visto; y que, por conjuro de amor, hemos de creer que a la mujer amada han de adorarla por igual nuestro corazón y nuestra mente, teniéndola como la más bella y pura de todas. Y, en fin, para sembrar bien las semillas de nuestro sentimiento por fértiles campos, y las actuaciones de nuestras ya épicas empresas disponerlas con felices aciertos, recordemos lo que dice Amiel, y a continuación expongo, ya que sus frases encierran tanta belleza de forma como sabiduría de consejo. Dice así: «Las pasiones que imprimen su influencia por la noche, dejan por la mañana que impere la parte contemplativa del alma; el ser aplacado por la calma del

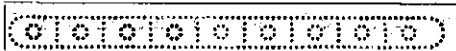


### Mica

sueño está por la mañana más cerca del cielo. Necesario es, por consiguiente, pesar una resolución en esas dos balanzas, y examinar una idea en esas dos luces, para reducir las probabilidades del error y tomar la observación media de nuestras soluciones diurnas.







## XV

SIENDO este interesantísimo tema de *el ideal* como el corazón o la esencia espiritual del homenaje que rendimos a la mujer hebrea, en una crónica donde la figura más interesante será siempre la encantadora y malograda Mica; y considerando que su motivo, o el fin que aquélla persigue, es la exaltación del *sentimiento racial*, que aspira a mantener *incesantemente viva* esa milagrosa y divina esperanza que engrandece al pueblo de Israel, y Castelar cantó en su admirable discurso sobre La formación o la idea del Progreso, el cronista no cree suficientemente expresado su sentir con lo ya expuesto, y repasando por ello su discurso, amplía el

concepto de lo *ideal* llevando un poco la meditación por campos de otros no menos bellos y magnos empeños del espíritu, que no son ya los de las grandes y abstractas aspiraciones de un romanticismo sentimental, como pudiera estimarse son las que más frecuentemente han inspirado y mantenido sus apostolados, sino las esforzadas epopeyas que nacen por los otros más positivos, de grandes esfuerzos y trabajos imponderables, que constituyen la esencia del gran progreso mundial y los modos cómo se realiza. De esta suerte podemos definir y diferenciar mejor lo que constituye esa característica del ideal, que en el trabajo nuestro tiene su más legítimo y útil asiento.

En la inmensa pirámide con que el estudio gráfico de estas psicologías de los pueblos, puede expresar las esencias de la vida del espíritu en la Historia de la Humanidad; las épicas conquistas que interesan las almas podrán colocarse en la primera sección, las más altas, donde

será justo entronizar las que se inspiran en los motivos más universales y trascendentes, las que requieren los esfuerzos y heroismos más abnegados; y se cumplen con el más absoluto y ncto. desinterés en punto a beneficios, sean de orden moral, sean de orden material. En lugar medio, y por consiguiente más inferior, han de colocarse todos esos militantes afamados, seres bienhechores que figuran en las disciplinas universitarias, los laboratorios de investigación, las falangés del saber y del estudio: sabios por quienes las ciencias adelantan, las industrias se desenvuelven, los pueblos se desarrollan y la vida humana se magnifica y mejora. Y hemos, por fin, de colocar en la base ancha de la pirámide, en lo más inferior de su figura, allí donde con el suelo toca, esa otra más numerosa, la incontable masa humana que concibe y acomete su menguado ideal con fines tan estrechamente egoistas, que en ellos desaparece ya todo espíritu de sacrificio por el bien

público, y solamente dejan oír su voz los gritos estridentes y soeces de la codicia, las osadías de la vanidad y las ansias inextinguibles del poder y del mando.

¿Quién duda que la Ciencia, la Patria, la Bellas Artes, etc., etc. inspiran sacrosantos ideales, en cuyo cumplimiento pueden ser, a menudo, compatibles los modestos beneficios del cuerpo con las excelsitudes gloriosas del espíritu? Ideal hermoso y utilísimo al bien público es el afán incansable del investigador, quien lucha encerrado en la celda de su laboratorio por descubrir ignoradas verdades, sorprender nuevos fenómenos, formular desconocidas leyes, advertir inesperados hechos, evidenciar imprevistas relaciones en los fenómenos del Universo... porque todo esto es obra sublime, y nada se puede adquirir en ella sin épicos combates, que han de sufrir los militantes de ese ejército innumerable, complejísimo/ heroico, del cual forman parte: el químico, siempre encerrado en su celda de

investigaciones, a veces muy peligrosa; el astrónomo, que avanza con su mirada telescópica por las ilimitadas lejanías de los más remotos sistemas solares, penetrando, como Einstein, con su entendimiento y sus cálculos, así en los misterios del tiempo y del espacio como en los conciertos parabólicos de las esferas; el explorador que se aventura en los negros continentes afrontando mil peligros, sufriendo males y fatigas innumerables, siempre espoleado con los anhelos de mayores avances, tras esos más curiosos hallazgos que nunca tienen fin; el paleógrafo, que no duerme ni deja en paz su imaginación, para que los tenaces desvelos le proporcionen la clave destinada a servir de ciencia nueva que ha de interpretar las piedras, los pergaminos y los restos documentales, sepultados durante siglos, que nunca hallaron intérprete, donde se ocultan las luces, los misterios y las crónicas de las más lejanas prehistorias y de los imperios un día poderosos,

hoy en absoluto desconocidos. Y así muchos, muchísimos soldados, héroes de ese incesante combatir contra el eterno enigma, que un pasado y un futuro sin término ofrecen a nuestras almas.

Ante esta enormidad abrumadora de las altas empresas, donde las almas pueden comprometerse con fines incalculados, ¿quién duda que es *el azar* el que permite a los apóstoles y a los sabios descubrir y abordar sus ideales? ¿Hay nada tan curioso y sorprendente como conocer la génesis de las grandes experiencias y de los maravillosos, fecundísimos hallazgos? Concentrando la atención, por ejemplo, en el campo inmenso y transcendente, como ningún otro lo es, de la Medicina; cuando se estudia la historia de los descubrimientos, y se advierten los orígenes de los hallazgos, cual el de Galileo en Astronomía, el de Beaumont en su Canadiense, de Jenner en su vacuna contra la viruela, de Berthelot en sus adelantos químicos, de Claudio Bernard en sus bio-

logías fisiológicas, de Pasteur en el mundo de los gérmenes fermentadores, origen de las enfermedades parasitarias; de Richet en sus múltiples estudios físicos y metapsíquicos y de nuestro gran Ferrán; quizá, y sin quizás, el genio médico más creador y precursor de los modernos tiempos, dentro de la gran doctrina pasteuriana, en los progresos de la inmunización, a quien más debe la Humanidad en la defensa de sus vidas y en la lucha contra los contagios por sus numerosos descubrimientos sobre el cólera, la tifoidea, la rabia, la difteria, la peste y la tuberculosis, ¡ah! cuando esto se examina ¿no se asombra el espíritu ante los orígenes y los caminos por donde se va a los grandes descubrimientos?

Y en el orden sentimental y romántico, no menos fecundo y admirable, con frecuencia, que el recién dicho, ¿no maravilla ver cuáles fueron los chispazos de luz y de fuego que iluminaron y abrasaron las almas de los apóstoles, para que se

consagraran a la eterna y heroica lucha de las más bellas y clementes causas?

Piensa el autor de esta crónica cuáles fueron los orígenes de sus múltiples apóstolados, algunos mantenidos briosamente durante períodos de su existencia que forman, cada uno, odiseas dolorosas, esforzadas, tenaces, sufridas por cuatro, diez, veinte y treinta años sin reposo; y recuerda que fué siempre un motivo, al parecer tan liviano como: el de oír los clamores y alaridos de dolor en un pobre loco, sujeto con argollas a un muro, llagados sus atados brazos; ver lágrimas en los ojos de un sabio rabino, cierto día que navegaba por el Danubio y hablaba de hechos afamados de la historia hispana; contemplar un ciego leyendo un libro con el tacto de sus dedos, en velada de reparto de premios; contemplar retorciéndose en el suelo, con un fortísimo ataque de histeroepilepsia, una pobre niñera que había curioseado el espectáculo de tres reos ejecutados y expuestos en



un patíbulo; apreciar la tan incalificable cuanto criminal conducta seguida por toda una sociedad con un gran bienhechor de la humanidad; contemplar aquí, en el campo, la ejecución de un desdichado; allá, en el hospital, la explotación de un mísero enfermo..., etc., etc. ¿Quién pudiera pensar que estas fugaces impresiones de la vida corriente, habían de llevar mis sentimientos y mis campañas a escribir más de cien obras; a modificar algunas leyes; a imponer cambios de costumbres en la vida pública de las poblaciones?... De esta suerte conduje por nuevos agitados derroteros, y tras inesperados destinos, una vida más oscura que se había colocado en el camino placido, sereno y ponderado de una profesión honorable y productiva, la cual ciegamente abandoné por abordar otra inquieta, atormentada, peligrosa y condenada a muy seguros quebrantos económicos y a pródiga riqueza de disgustos y peligros. Tales ideales surgen y se des-

arrollan porque sí; porque su sino a cada cual se lo señala; porque venimos a esta existencia con un fin predeterminado y es inútil querer decir cómo ha de sentir nuestra alma, cómo ha de pensar nuestra mente, cómo hemos de hacer para que nuestro destino marche por aquel camino que nuestros padres nos prepararon, nuestros afanes apetecieron, y nuestras mejores preparadas aptitudes quisieran escoger. Somos átomos, corpúsculos infinitamente pequeños de un ambiente y torbellino social que unas veces nos levanta a los cielos y otras nos arrastra por el lodo, y siempre juega con nosotros; determinando una existencia cuya responsabilidad moral cada día aparece más oscura, y ante ella la sana y recta justicia se halla más y más interrogante. Véase, como prueba, la gran reforma de los tribunales para niños, en cuya vida tanta participación tiene el autor de esta crónica, como presidente del Consejo de Protección a la Infancia.

Señalaremos un hecho esencial: todas estas empresas forman verdaderas religiones a las cuales hay que consagrar un culto intenso y puro; y así como sucede en las positivas que unas son muy productivas en buenos intereses, otras lo son menos y otras no lo son nada, las que en esta crónica de la mujer hebrea exaltamos y a su vocación y asistencia inducimos, han de estimarse como de las más franciscanas, ya que en ellas han de darse muchas emociones puras del alma y no han de recogerse limosnas piadosas para el cuerpo. Las grandes, las sublimes, las imponderadas satisfacciones han de nacer, desenvolverse y terminar en el secreto del corazón y en lo infinito del espíritu. En este orden de reflexiones y de estudios hemos leído mucho acerca de las emociones por que pasan los sabios, en el curso de esa investigación científica que precede a los grandes descubrimientos, y gozan los que examinan, estudian y comentan las

sublimes transformaciones de la ciencia; pero vemos que todavía está por escribir el libro que ha de presentar, con la amplitud y verdad que los hechos demandan, las floraciones y los deleites inefables de sus solitarios y encendidos entusiasmos. Gran verdad es que las maravillosas alegrías, los indecibles goces y las más espirituales recompensas que el alma puede desear, aquí y no en los groseros placeres de la materia es donde pueden buscarse, y a menudo es fácil encontrarlos.





## XVI

**M**ÉDICO el autor de esta crónica, y habiendo llevado sus aficiones, durante algún tiempo, por el tratamiento de las dolencias morales femeninas, numerosas fueron las veces que, usando de fáciles y sencillos ideales, pudo asistir y curar esas molestias, y a veces irresistibles males, que tribulaciones de infortunados apasionamientos causaron; y casi siempre las medicinas sencillas, de ordinario buscadas en el campo de la psicología, aplicadas a las almas buenas y románticas y a los caracteres dóciles, dieron curación definitiva, más pronto o más tarde. Preceptos abundan y tratados numerosos hay publicados sobre una terapéu-

tica moral y sugestiva que, de día en día, va adquiriendo mayor desarrollo. Ya es un hecho evidente que en este género de extravíos, como en los no menos graves que sufren los tiernos seres de la infancia moralmente abandonada, el alivio y curación que no logran castigos, violencias, ni sanciones de la ley, lo obtienen, pronto y bien, el amor, la dulzura y aquella pedagogía sencilla y blanda del Salvador cuando, reprendiendo a sus discípulos porque impedían que se le acercaran los menores, dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí».

Graves psicopatías, profundas y rebeldes agitaciones del amor causan las pasiones contrariadas, las obsesiones de las almas virginales y románticas; infame-mente heridas por seductores canallas; mas ha de advertirse que cuando el ser herido no encuentra inmediatamente, con reacciones decisivas de un alma sublime indignada, los severos dictados de una conciencia justa: el remedio enérgico y

eficaz, extirpando con una cirugía moral activa, bellamente exaltada, una pasión funesta, por comprender que no puede ser digno de otro castigo que el más absoluto desprecio quien procedió como un canalla, ha de hallar fácilmente, en otros cultos tales remedios y compensaciones, que levantarán a los cielos de la felicidad almas inicuaamente derribadas y pisoteadas en la liza de los bellos sentimientos y de los arrebatos de la pasión. ¡Muy cuitada la que, con invertida reacción del sentimiento, acaricie todavía, aunque sólo sea mentalmente, la mano que la brutalizó, y mantenga en el sagrario de los más amados y puros encendimientos a quien, con sus daños de mal caballero, reveló ser merecedor de recibir sanciones de un código penal, en intereses morales que, los que somos viejos parlamentarios, debemos sufrir el remordimiento y la responsabilidad de no haberlos amparado convenientemente.

En la vida, por desgracia, fácil es ha-

llar nuevos y nobles arrobos del alma para curar a quien la suya tiene mal herida. La joven que sufre del corazón, quebrantado por lo pretérito; y mantenida guarda, en rescolditos, una pasión funesta que no tuvo su buen término, debe estar siempre mejor templada para contraer otra nueva y más buena que cuando se halle totalmente curada. Tienda la mirada en su derredor, vea tantas y tantas desventuras, necesidades y cuerpos sufrientes como en el mundo existen; escoja entre los nobles y serviciales amigos, de uno y otro sexo, que le rodean, y tomando una mano leal, hidalga y cariñosa, láncese ya en busca del sublime ideal y entréguese a él con fe, con divino fuego y con firme perseverancia. ¡Ahí está la bella y eterna vida! Así curé yo muchas. ¡Quién sabe si aquel divino afán que Mica mostró durante trece meses, dándose por entero al ideal de Pulido, no sería remedio contra otros íntimos dolores!





## XVII

**E**L ideal, cuando enfoca sus fervientes afanes en esas altas causas que sirven a los supremos bienes de la humanidad, de las razas, de la patria, de una religión de amor y de paz, cual la que predicó el Redentor, sacrificando su hipostasis humana—aparte de aquellos imperativos estímulos y mandamientos del Bien perseguido--en su misma esencia, puede y debe contener copiosas fuentes de vida y fuertes tónicos morales de innegable eficacia: y ese ideal encontrará, además, en el hombre, bellos y potentes alientos si, cual otro Alonso Quijano, cuida de colocar en los cielos de su espíritu la ayuda, más o menos ferviente, de otra alma femenina bien escogida, que piense

y sienta como él; y entregados ambos, a elevaciones de ánimo y de mente, se estimulen sin cesar, se repongan en sus desalientos, se iluminen en sus oscuridades, se sirvan de guía en sus desaciertos y desorientaciones, y adviertan que han de tener siempre presentes, en la conciencia, estas grandes verdades fundamentales: que las causas magnas exigen grandes sacrificios; que entablada la cruenta lucha, jamás debe faltar la pujante bravura; que las heridas en los sublimes combates han de sufrirse heroicamente, porque la muerte obra es de un momento que conduce siempre al más dulce y glorioso descanso; y que lo que mejor avallora y enaltece al soldado en la epopeya es mantenerse fiero en el combate.

Unidas las almas que por su distinta condición sexual, con íntimas y extremadas efusiones de gracia divina, aportan los diferentes deleites con que Dios hubo de embellecer la vida y hacerla soportable; bien purificados los actos y pensamien-

tos, si la misión no puede ser la de pastorcitos de égloga, habremos de convertirla en epopeya de gloriosos soldados; pero a ella hay que ir.

En una de esas memorables y concurridas fiestas de caridad y beneficencia que las damas ilustres organizan frecuentemente en todas partes, hallábanse cierta vez reunidas, formando lindísimo grupo seductor, varias señoritas de linajudas familias, elegantes, virginales, manantial copioso de amor y de ventura, y habiéndose acercado a ellas Castelar—aquel ingeniosísimo orador que, acosado cierta vez por tres altas damas, más comentadas por sus alegrías y donaires fáciles que por su buen juicio y recatadas virtudes, como le preguntara la más resuelta de las tres: «Díganos, D. Emilio, qué piensa usted de nosotras, ¿somos buenas o malas?» D. Emilio, acudiendo ingenioso y rápido a la provocación, hubo de contestarles muy risueño: «¡Ah!, mis seductoras amigas, las mujeres son como las Bellas



Artes, cumplen con ser hermosas.»—, y, habiéndose acercado, repetimos, al grupo de las encantadoras señoritas que ya tenían en él puestas sus miradas, les dijo: «¿Qué sucede en el cielo, mis encantadoras amiguitas, que veo descendiendo a la tierra los ángeles y las vírgenes?» A lo cual cierta condesita, lista y graciosa como ella sola, cuyas ocurrencias solían celebrarse en sociedad, hubo de contestarle al punto, animada y festiva: «Don Emilio, nos ha comisionado la Virgen Madre que descendiéramos de la Gloria por ver si los hombres, levantando algo sus almas, encuentran ideales que las desvíen de esas negras sombras y maculadas distracciones, que los tienen demasiado sujetos a la tierra.»

\* \* \*

He aquí una positiva y fecunda realidad.

Convénzase la mujer hebrea, inteligente y espiritual, de lo que ella fué, ince-

santemente, en su pueblo; lo mucho que pudo hacer y realizó con su hermosura, sus virtudes, sus talentos y sus heroísmos: lo cual obliga siempre; y cuide al mismo tiempo que de santificar el hogar y acreditarlo con justicia, de que sea gracioso, alegre, reposado y fecundo, de ejercer, unida al amado esposo, la influencia posible en los destinos de su pueblo, esperando siempre la definitiva y gloriosa reparación. Y cuide de mantener también, siempre sin desmayo, esa fe en Dios, esa preciosa e inextinguible esperanza que ningún otro pueblo siente como Israel; esperanza que formuló Castelar con divinos párrafos que pronunciara en uno de sus más famosos discursos, y hubo de llevar el modesto autor de este ligero estudio sobre la mujer hebrea, a varias de sus obras, porque la estima bella oración que jamás debiéramos olvidar, ni los cristianos ni los hebreos.

Dice así este párrafo ya antes señalado:

«¿Queréis, señores, ver lo que vale una

esperanza, aunque esa esperanza sea ilusoria? Hay un pueblo en el mundo que no es ni tan místico como el indio, ni tan guerrero como el persa, ni tan audaz navegante como el cartaginés y el fenicio, ni tan sabio como el egipcio, ni tan artista como el griego, ni tan político y astuto como el romano, y que, sin embargo, domina todos los pueblos con sus ideas metafísicas; y abatido, abate a los Faraones de Egipto; y esclavo, escribe sentencia de muerte en los festines de los Baltasares de Asiria; y desarmado, desarma a Ciro, en cuya presencia enmudeció el Oriente; y aislado en su santuario, desoye el cántico de la sirena griega que llevaba en sus labios Alejandro, y que a tantos pueblos cautivó, turbando el recuerdo de sus antiguas teogonías, y caído bajo el yugo del destino, bajo el yugo de Roma, sube las gradas del Capitolio, tintas en sangre de todas las razas, y sobre el Júpiter Capitolino, sobre el Panteón, levanta su Dios, esca-

pado de las ruinas del templo, como el anciano Anquises de Troya; milagros obrados, aparte de la Providencia divina que nunca abandona la historia, por el sentimiento que tenía aquel pueblo de la renovación de su raza, de la venida de su Mesías; sentimiento que nunca le abandona, ni en el desierto, ni en la tienda del patriarca, ni en las amarguras de su vida, ni en la esclavitud, ni entre los seleucidas, ni bajo los romanos; sentimiento con que ha salvado toda la historia, con que ha recorrido toda la tierra, con que ha salido incólume de todas las hogueras atizadas por todas las intolerancias en su daño; sentimiento cuya virtud ha sido tan eficaz, que mientras los pueblos, sus dominadores, han pasado, han muerto, sin dejar de sí ni siquiera la huella que deja el reptil en la arena, ese pueblo privilegiado esta aún de pie, viendo indiferente cómo se estrella la catarata de los siglos contra su invencible esperanza.»







## XVIII

**N**os acercamos al final de este homenaje, himno sencillo de amor y de respetable cortesía en loor a la bella y virtuosa compañera de ese pueblo, que viene cumpliendo uno de los destinos más extraordinarios y asombrosos que han conocido todas las razas, en el curso de las historias humanas conocidas.

Motivos numerosos, que no interesa exponer aquí, han sugerido al autor su deseo de escribir y publicar este librito; y como desde el principio lo concibió delicado, tierno y de reducidas proporciones —algo así como un pequeño devocionario de espirituales y elevados sentires de almas atribuladas, que dirigen sus pensa-

mientos y sus emociones a los cielos, donde reinan los más puros y bellos ideales—, no quiere seguir dando más libertad y otros desahogos a su discurso; por lo cual se resiste a la hermosa y sugestiva tentación de escribir un estudio amplio, doctrinal y documentado sobre la mujer hebrea, como le sería grato y fácil hacerlo. Ante sus ojos, en la mesa de despacho donde escribe; en derredor, donde ve los miles de libros que constituyen su particular biblioteca; al lado de su casa y bajo su particular domicilio, donde las grandes y hermosas bibliotecas del Senado y de la Real Academia de Medicina le brindan ricas colecciones, para seguir desarrollando las interesantísimas tesis de su obra, tiene el cronista esos manantiales fecundos, pródigos y sugestivos que le invitan, incluso acompañado de tan gloriosos y venerados maestros como su glorioso jefe el gran Castelar, a lanzarse tras las grandes empresas; a izar la vela de sus fervientes entusiasmos literarios y,

bogando contento por los deleitosos lagos de la producción literaria, publicar otra obra magna, batalladora, guerrera y emocionante, una más entre las muchísimas por él dadas a luz.

No; hay que contenerse y encerrar en los discretos y bien pensados términos este homenaje. Son los tiempos catastróficos que atravesamos, no contraídos, por desdicha de la humanidad, a lo ya registrado con las horribles batallas recientes, tiempos en los cuales resurgen airados y crueles otra vez odios y persecuciones contra el pueblo dilecto de Dios, como si se levantaran de nuevo las tormentas fanáticas y crueles de los siglos medios. Son motivos pasionales íntimos, nobilísimas devociones, anhelos médicos de curación y de auxilios que exaltaron espíritus dolientes; lamentos y clamores de seres adorables que sufren y cuyos gritos de angustia recogió el corazón del cronista. Son preparaciones y alientos necesarios de altos ideales para emprender,

con netas y adorables colaboraciones, nuevas epopeyas en este apostolado hispanohebreo que hace muchos años vengo siguiendo, y en el cual otros libros importantes he de producir todavía, porque los ha concebido mi mente, y su realización la tiene comprometida ya mi palabra, etc.; y para cumplir con los requerimientos que estas inspiraciones y estímulos me promueven y preparan, basta con lo ya expuesto en las anteriores páginas.

La mujer hebrea inspira, como la de ninguna otra raza, y también como ninguna otra proporciona, grandes ideas, fuertes sugerencias, ardorosos encendimientos; y muy ciego y porro será, por tanto, quien ante semejante grandeza no se sienta fuertemente acuciado; ni levante su alma a las grandes empresas de los modelos ideales más hermosos y humanitarios que existen.

Nosotros, puestos ya en el final de nuestro canto, no queremos darle por ter-

minado sin esbozar, bien que en muy breve síntesis, dos motivos muy sugestivos. Primero, el juicio comparativo entre las características sociales de la mujer hebrea, en general, y las de las mujeres de las otras razas y pueblos; modo éste de poder formarse una idea, aunque muy leve y muy ligera, de sus distinciones reales a través de la historia. Y segundo, la característica de aquel medio esencial donde la mujer tiene su trono, ejerce su egregia soberanía y cumple la heroica epopeya de su reinado: el hogar íntimo, el foco doméstico, el templo sagrado donde la vida nace, se forma, crece y expira. Y esto es lo que vamos a realizar en breves y sintéticos brochazos.

Tan grave y misterioso problema es cuanto se refiere al destino de la mujer, que, aun corriendo la Humanidad tiempos ya adelantados de su desarrollo, cuando la memoria evoca el recuerdo de las enseñanzas acerca de él dejadas por los pueblos y los siglos, se aturde nuestro

cerebro con el vértigo que causan las grandes contradicciones; y cuando convertimos nuestra meditación a las conquistas ya planteadas del presente, nuestro ánimo padece con el tormento que despiertan las tremendas injusticias.

Tengo por verdad sobrado clara que de cuantos destinos ha podido trazar o corregir el hombre, ninguno aparece sometido a más opuestas fortunas que el de su compañera. En aquellos imperios del Asia donde todas las poderosas religiones tuvieron su origen, si es cierto que hubo una ley de Manú que ordenaba fuese abandonada la mujer estéril en el octavo año, en el décimo quien perdía a sus hijos, en el oncenno quien sólo engendraba hijas, y al momento quien hablase con aspereza, había también un legislador que ordenaba no se golpeará, ni con una flor, a la mujer culpable de cien faltas; y así como la religión más sensual y galante de todas las religiones, la que dogmatizó en la Meca el hijo de Amina para llevar lue-

go sus creyentes por el mundo y llenar de sus proezas la Historia, negaba a la mujer entrada en el Paraíso, desde cuyas puertas había de contemplar la felicidad que el hombre gozaba dentro, también hay que recordar que la religión severa del Calvario encarnaba en María, la representación de la mujer, le llamaba la Madre de Jesús, de Dios, y, convirtiéndola en Reina de los Cielos, coronaba su cabeza de estrellas, vestía su cuerpo de cerúleo manto, calzaba sus pies con la luna, la rodeaba de nimbos de luz y de oro, componía para su adoración la Letanía, el canto de más excelsitud que puede entonar toda alma enamorada en sus más fogosos estros, y la proclamaba vida, dulzura y esperanza de la Humanidad afligida.

Y de modo parecido a como en las religiones, vemos la antítesis chocante en las obras de los legisladores y en los discursos de los filósofos. Para demostrar dicho aserto en lo antiguo basta fijarse en el pueblo más noble y espiritual de la

Hélade, cuya legislación y sentimientos democráticos formaron Solón, Crisistato y Pericles, recluyendo la mujer en el Gineceo, lugar oculto y sagrado del domicilio, donde había de dedicarse a hilar la lana y el lino, tejer los mantos, moler el trigo, amasar el pan, tañer la cítara, dar a sus hijos la primera educación, regimenter el servicio doméstico y entregarse a los embellecimientos del tocador; y en oposición a esto, el más desabrido y belicoso de todos los estados helenos, la Laconia, inspirado en Licurgo, inducía a las jóvenes espartanas para que acudieran a los gimnasios ligeramente vestidas y en unión de la juventud del otro sexo, también primorosamente trajeado, participase de los mismos ejercicios discurridos para endurecer el cuerpo y dar fortaleza al ánimo.

Y tras de Platón, el más idealista de los filósofos, que permitía a la mujer fuese a los centros públicos en busca de varonil educación, sólo abroquelada de su vir-



tud, y por otra parte reglamentadas severamente sus relaciones sociales, aparece el gran Aristóteles, considerado el más realista de todos los sabios, quien proclama la inferioridad física y moral de la mujer y la hace blanco de sus más descorteses ataques, como aquel doctor Almarico del siglo xii.

Y de esta suerte los modernos tiempos registran las siguientes variadas maneras de apreciar a nuestra bella compañera. Rousseau la juzga como un ente nacido para agradar al hombre y pide se la eduque con este fin; Bernardino de Saint Pierre dice: «Puesto que es el alma de la familia, debe recibir una educación esencialmente doméstica, y hay que privarla de libros y de maestros, porque ambos marchitan su original ignorancia: esa flor del alma que todo amante gusta coger con singular encanto y debe deshojar su esposo, único preceptor que debe formarla a su gusto.» Y este consejo es el que recuerda el ideal ateniense que refiere Xe-

no fonte en su tratado de *Economía doméstica*, cuando refiere el diálogo de Sócrates con Iscomaco el bello y el bueno. Diderot, quien pide al Arco Iris sus tintas para escribir el nombre de mujer y a las mariposas el áureo color de sus alas para verterlo sobre la frase escrita, lo cual no impide que las mujeres sean unas salvajes por dentro y diga de ellas que nada más se les ha enseñado la conservación de la hoja de parra, símbolo de honestidad que recibieron de su primera abuela. Y aconseja en su *Neveu de Rameau* una educación enteramente consagrada a formar su razón en el culto de la verdad y de la justicia. Tratadistas como Mesdames de Saussure, d'Épinay, Staël, Genlis... y la mayoría de cuantas mujeres han escrito sobre Pedagogía, las cuales, primero que buscar en su sexo el agrado y la utilidad, cuidan de que eleve a Dios su pensamiento, persiguiendo el ideal de un destino eterno más sublime, que sólo se puede hallar en una sólida educación cristiana.

Cabanis, observador de las transformaciones orgánicas del cuerpo humano, esboza una pedagogía fisiológica donde los órganos y los alimentos, el clima y el ejercicio, se estudian, emplean y utilizan para recabar cambios favorables en lo físico y en lo moral...

De esta suerte la mujer es convertida por sacerdotes y legisladores, por filósofos y pedagogos, por ateos y creyentes, por idealistas y positivistas, por médicos y literatos, en la encarnación de un ente caprichoso, sujeto a fatal destino: ya vaso de placer donde el hombre liba su más anhelado goce, ya fábrica luctuosa donde la especie ha de asegurar su perpetua reproducción, ya útil doméstico consagrado al regimiento de la familia, ya suplicante de la piedad y de la gracia, prosternada ante un Dios otorgador de los destinos perdurables y seráficos...; todo, en fin, menos aquello que debe ser: la sencilla y natural compañera del hombre, que magnífica con su gracia, sus encan-

tos, sus virtudes y sus condiciones domésticas el hogar santo, hallándose sometida a las mismas tribulaciones de la carne y a las mismas incontrastables leyes de la biología. Este es el que mejor corresponde a las verdaderas dotes espirituales características de la mujer hebrea, y éste es, en buen examen, el que la Historia revela haber caracterizado su contextura moral y social.

En nuestra obra, recientemente publicada con el título de *Vae Inventoribus magnis*, donde estudiamos el descubrimiento médico más grandioso de los modernos tiempos, el referente a la yugulación de las epidemias del cólera, hemos tenido necesidad de tocar en alguna ocasión el papel que ha representado la mujer moderna en la terrible tragedia de la guerra europea. Y con este motivo hemos consignado su gran cambio fundamental, apreciado en todas las naciones que han intervenido esencialmente en la guerra. Interesantísimo este cambio, de él debe

recoger impresiones la mujer hebrea, ya que ha de ser siempre heroína y luchadora, como ninguna otra.

Lo hemos presenciado, lo hemos convivido, lo han visto nuestros ojos y nos cuesta trabajo creer en su realidad; como que todavía no salimos de la idea de que todo fué una pesadilla; pero lo es.

La mujer, conjunción adorable de encantos, delicadezas, gracias, ternuras y bondades, bella compañera en quien las civilizaciones todas venían acumulando, como un tesoro intangible, las exquisiteces de la cortesía caballeresca y los sentimientos del espíritu más amoroso y seductor, ha renunciado ya y ha abdicado los beneficios de todas sus conquistas en provecho de su gracia, su voluptuosidad y su molicie elegante; y esto lo ha hecho sólo por reclamar su puesto varonil en la lucha. Ha cortado la preciosa cabellera que formaba su busto, magnificaba y embellecía su cabeza; el irresistible casco de Venus; se ha desvestido las ricas y vapo-

rosas telas que cubrían sus carnes seductoras y los cinturones de seda que ceñían su talle esbelto; y lo realizó para vestir la blusa y la gorra del obrero; ha anestesiado su exquisita seasibilidad conteniendo sus siempre inquietos nervios; ha dado grande vigor a sus músculos para que su aristocrática y blanda condición declinase todos los derechos y dominios en beneficio de un trabajo rudo, por cumplir un esfuerzo sostenido y poder soportar, como el hombre, el insomnio y la fatiga; ha empuñado las armas, y—resolución más inesperada todavía—, uniformándose con espartanas vestiduras, ha hecho el ejercicio militar, ha aprendido a combatir y ha luchado en las trincheras, recibiendo en sus carnes finas y delicadas, que no parece sino las formaran blancos copos de nieve y pétalos de olientes rosas, la metralla que destroza horriblemente los cuerpos. Ha trabajado en las fábricas de todas clases, incluso las de armas y municiones, igual

que lo ha hecho en los hospitales cuidando heridos y enfermos. Ha verificado las siegas y recogido en los campos sus cosechas. Ha conducido vehículos de transporte; ha sustituido en todas partes, en fin, al obrero, demostrando su capacidad, su firmeza, su resistencia, su pundonor en el cometido que desempeñaba, su heroísmo, nunca inferior al de su compañero el hombre, y a veces lo hizo, si cabe, alardeando todavía de sentir propósitos y realizar actuaciones más varoniles y abnegadas, acreditando, de una vez ya por siempre, que sus aptitudes son universales, sus alientos poderosos, su voluntad soberana y su valor del temple de las antiguas matronas griegas y romanas, imitando a aquellas valquirias, amazonas y luchadoras diosas de la mitología, dianas y velonas invencibles, que hubieron de pelear con los mismos ardores que Erquilla pinta:

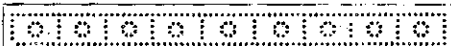
El rostro airado, la color teñida  
toda de fuego bélica encendida.

Basta esta grande síntesis para que todos aprecien y comprendan claramente cuán distinto, práctico y bellamente útil es el papel que actualmente desempeña la mujer hebrea, ante cuya mirada serena alzan los modernos tiempos nuevos ideales, épicas epopeyas, donde su pueblo, en la historia, y su compañero, en la sociedad, pueden lograr justas y hermosas reparaciones. La literatura actual hebrea, en sus libros y revistas, trata con frecuencia este tema, y con señalar nuestra admiración y nuestro aplauso, por ella, cumplimos.

Y vamos al último capítulo: La mujer en el hogar.







## XIX

**H**EMOS llegado al capítulo final de este homenaje ofrendado a la mujer hebrea, modestísimo poema en desaliñada prosa escrito, que hubiéramos deseado remontar a los altos cielos donde nuestra imaginación concibe ha de hallarse el alma de Mica, la protagonista del breve relato; y para dar digno fin a nuestra labor hemos de considerar la bella y virtuosa compañera del hombre en el lugar donde tiene su más egregio trono, realiza las más épicas campañas y se abrilantan sus más preciosas virtudes: *en el hogar hebreo.*

Sin hipérboles ni lisonjas, que por desmedidas y extemporáneas habrían de caer

en desgracia apenas nacidas, hemos de manifestar sinceramente que desde muy antiguo sólo la frase *hogar hebreo* nos produce, cual si fuera expresión cabalística, o una de esas tradiciones orales que entre los judíos sirven para interpretar expresiones simbólicas de las Sagradas Escrituras, un sentimiento de emoción intensa, un fusivo esparcimiento del ánimo, que nos induce a piadosos discursos y a la visión de añejas y venerandas leyendas, donde flota y perfuma el lábaro santo y el aroma divino de la antigua patria española, la que siempre vemos y sentimos en este pueblo sefardí.

Los árabes que visitan nuestra famosa mezquita de Córdoba, encerrados en su sacrosanto santuario del Mihrab, donde tan fervidas oraciones durante pasados siglos se elevaron en honor de Allah; el peregrino que llega rendido con su bordón en la mano, y besa en el Coliseo de Roma el santo suelo, cuya arena fué empapada infinitas veces con la sangre de

vírgenes y jóvenes mártires; la pobre enferma, víctima de crueles padecimientos, que, llevando el espíritu transido y el cuerpo empapado con el sudor de una intensa emoción piadosa, cae de rodillas ante la imagen de esa Virgen de Lourdes, que contempla radiante en la gruta iluminada con miles de cirios encendidos..., estos seres se hallan sometidos a una profunda emoción, de la cual siente como pálido reflejo el autor de esta crónica cuando evoca el conjuro noble, la imprecación sintética de la vida imponderada mantenida en el *hogar judío*.

Tuviera el autor los profundos conocimientos de historia y de psicología de esta raza que poseen los grandes Rabinos, amigos suyos admirados, como Bejarano, Danon y Nahoun, de quienes en los libros propios a esta causa dedicados numerosas veces y con respeto menciona; tuviera su sensibilidad y su pluma ese hondo análisis y finísima expresión que tanto luce en sus cartas Rahmita Tole-

dano, a quien este homenaje se dedica, y podría, entonces, *cerrar con broche de oro* (frasecita usual entre poetas y literatos) este poema, ya que la estética y la armonía del conjunto así lo demandan. Pero cantando el trino de nuestra canción con lo que nuestra modesta laringe y la lengua de nuestro pequeño pico nos consienten, vamos a cumplir el señalado deber, rogando a las damas hebreas nos perdonen si no hemos alzado nuestro himno hasta donde lo requiere nuestra voluntad.

El hogar hebreo fué, por ley natural y durante el transcurso de los siglos, aun encerrado en lugares recónditos de *los Guetos*, el palacio, el cielo y el trono de la mujer. Ella le caracteriza, dirige, regula y embalsama con sus encantos, su gracia, su orden y sus virtudes de esposa y de madre. Hay en él una espiritualidad tradicional y conserva la contextura de los ritos íntimos, numerosos y delicados; posee la religión de la familia con liturgia tan ancestral, piadosa, y promotora de

emociones y cultos venerados, que los profanos no la podemos estudiar porque comenzamos desconociéndola, ya que en la vida íntima del hogar hebreo sólo penetran la familia y muy contados íntimos amigos.

En nuestro noble y siempre respetuoso afán por conocer este aspecto interesantísimo de la vida hebrea, hemos deseado penetrar en el santuario del hogar; hemos sido numerosas veces obsequiado, sentándonos a la mesa de familias queridas, y hemos procurado recoger algo del medio y la vida de aquel nido venerable, tantos millones de veces estremecido y aterrorizado con los dramas horribles y sangrientos de las persecuciones y pogromos; con las terribles fatalidades de un destino trágico jamás conocido en otra raza, impuesto por el salvajismo y la crueldad de los imperios brutales y de los hombres crueles y sádicos, con esta cesárea raza que, cual ninguna otra de la humanidad, ha creado y ha difundido la

unidad de Dios, la suavidad de las costumbres, las dulzuras y goces del amor y la moral y respeto de la confraternidad humana.

La filosofía, la psicología, la ética y la grandiosa lírica sentimental que entraña el sagrado refugio del hogar, no han sido todavía, que sepamos, bien estudiadas; y con haberse publicado tantos volúmenes de historia y literatura sobre motivos livianos, no ha logrado este gran sector de la vida social encontrar los Homero, Dante, Ariosto, Milton y Ercilla que canten con inmortales estrofas sus grandezas épicas, sus odiseas sin términos, sus heroísmos y ternuras imponderables.

El espíritu de la raza, los altos vuelos de las almas piadosas, los hondos espasmos y deliquios de la unción creyente llevados a los más sublimes transportes y lacrimosas congojas, la sucesión de generaciones que habitan las mismas paredes, contemplan idéntico cielo y campos invariables, se sientan en los propios si-

llones, duermen en su sacrosanto lecho, se asoman a las alegres ventanas, usan los conocidos enseres, fijan sus ojos en los venerables retratos de personas queridas que ya no existen, escuchan los ruidos de los relojes que midieron veloces el tiempo en los días felices y señalaron lentas las horas fatales de los sufrimientos y de la muerte en los tiempos trágicos...; todo esto es lo que nos forma y llevamos en nuestra alma y en nuestro cuerpo, porque fué nuestro alimento espiritual y corporal: ya que nosotros no somos más que la concreción firme de lo que nos rodea, nos nutre y asimilamos.

Las consagraciones históricas del objeto, el lugar, y los simbolismos conmovedores que en todo lo material deja la vida, esto adquiere en el hogar hebreo, lo hemos visto, la fuerza material de una reliquia, y su veneración promueve el hondo sentimiento moral de un rito. Así es un hecho que la liturgia se halla siempre viva en el hogar hebreo.

El Libro Santo, como la Biblia, o el Talmud, pasando de mano en mano, amarillo con el beso de los años, maculado con los pulpejos de quienes con él rezaran, y quizá acotado con las ideas de los que le pusieron un comentario, es superior a todas las más bellas y flamantes obras de arte tipográfico, porque en él se halla registrada el alma piadosa de los seres amados que bebían en sus páginas el culto de su devoción y el consuelo de sus aficciones. El lecho histórico guarda siempre el calor y las vibraciones que hubo de tener por los contagios de la alegría en los días felices del alumbramiento, y del dolor en los días infortunados de la enfermedad y de la muerte. El timbre especial de las horas que deja oír el reloj de péndola lo llevamos siempre en nuestro oído y nos es más grato que todas las orquestas y campanas que oímos en las ciudades, porque nos acompañó siempre desde niño y fué el que nos señaló las horas del recreo y las del estu-



dio. En el sillón arcaico de curtidas, añejas y destrozadas pieles vemos la figura venerable de los abuelos y de los padres, aunque haga años que yacen sepultados bajo tierra. Allá están los mismos espejos donde la hebrea hermosa contempló, doncellita, su rostro y tocó con adornos su linda cabeza. Aquella es la ventana donde se asomó por vez primera la mujer que conquistó nuestro corazón y se colocó a nuestro lado, como compañera adorable, por toda la vida. En esta habitación, siempre impecable, viéronse también por vez primera, y allí se hablaron, los seres nacidos para adorarse en dulce santa amistad por una larga existencia, fundiendo con la conquista del ideal sus corazones. La cornucopia que luce en la escocia de la habitación; el dibujo que hiciera el niño cuando estudiaba; la estampa policroma que promueve con sus imágenes la meditación sobre los pasajes de la Biblia, los tiempos de Faraón y los destinos errabundos del pue-

blo siempre caminante; el candelabro de siete ramas..., todo, todo está allí, de todo cuida la mujer virtuosa y a todo imprime sagrado venero de recuerdos y de emociones, con su labor y solicitudes de sacerdotisa del hogar.

Los grandes sucesos de la vida de familia tienen en el hogar hebreo tanto relieve y esplendor como no alcanzan los de ninguna otra religión. El matrimonio, el parto, la circuncisión, la muerte, adquieren una solemnidad que no alcanzan los festejos rituales en los hogares cristianos. Invitado a gozar de muchas de estas ceremonias, no pude asistir a todas porque no habitaba los hogares donde se verificaban; pero tuve la ocasión de asistir a dos circuncisiones: una en Tetuán, el año 1921, y otra en París, el año 1922, y declaro que necesitaría algunas páginas si hubiera de describir las gratas emociones por que allí pasé; las importantes fiestas que con este motivo se celebraron; el acto operatorio, al cual yo

asistía, practicado admirablemente bien, siempre con éxito, y el hermosísimo y conmovedor cuadro de la madre colocada lujosamente en su lecho, vestida con las más ricas galas y recibiendo las felicitaciones de las numerosas amigas y amigos que llenaban la casa, y se disponían a disfrutar del suntuoso *lunch* preparado para celebrar la fiesta.

Tengo ahora mismo en mis manos, y repaso con deleite, todas las tarjetas hebreas que recogí durante mi viaje a Marruecos en 1911; mas el no haberlas acochado me priva de recordar cual fué la casa donde presencié la circuncisión que vi practicar a mi querido amigo el alcalde de Tetuán, I. Jh. Serfaty. He de consignar, sin embargo, que jamás olvidaré la honda emoción que me produjo aquel matrimonio joven y felicísimo, que recibía por vez primera el fruto de bendición que iba a ofrecer el hogar. La belleza extraordinaria de la mujer recién parida, una verdadera niña de virginal aspecto;

su pálido rostro por las recientes hemorragias sufridas durante el parto, que entonces perfectamente con las albas y purísimas vestiduras de la cama; y la deliciosa placidez y contento con que recibía las felicitaciones de todos los que la saludaban me producía encanto. Todo formaba un cuadro conmovedor. Yo, que he parteado durante muchos años y he explicado también, por más de ocho, una cátedra de esta asignatura, no recuerdo de nada semejante. Aquello lo encontraba excepcional y muy intensamente hermoso. Indudable era que Dios bendecía aquel hogar santo.

... Mi ilustre y muy querido amigo el doctor Moisés Salcedo, abogado de la *Cour d'Appel*, en París, me proporcionó en la primavera del año 1921 otra contemplación semejante, en la cual gocé iguales emociones estéticas y rituales. Fué en una casa de la Avenida de Víctor Hugo, de París. Ambos hogares eran de gente rica, y debo consignar que todos los asis-

tentes, al enterarse de la presencia del doctor Pulido en la casa, mostrándose conocedores de su buen amigo, me rindieron tal homenaje de aprecio y devoción, que me dejó obligada gratitud.

Digámoslo con orgullo y verdad, porque ello es rigurosamente exacto, he podido comprobarlo y hube de registrarlo en mis libros: el hogar hebreo tiene toda la característica del hogar español neto, del puro, del histórico, del que simbolizamos en nuestras más hermosas leyendas. Y lo tiene porque la raza semítica y la española convivieron muchos siglos; se amaron, a pesar de los fanatismos que siempre han luchado y lucharán entre almas ruines, salvajes y codiciosas; y cuando fueron expulsados nuestros hermanos, porque hermanos eran, llevaron consigo el espíritu, las prácticas, los ritos, los guisos, las cantigas, las leyendas, los dulces, la belleza..., es decir todo, todo, todo lo que caracterizaba la raza y el hogar español, que era muy suyos. Y como esto

lo han conservado ellos muy fielmente, igual que se conserva en relicario bendito una reliquia santa, de aquí que yo pueda decir de él lo que Castelar decía del hogar español. No hay hogar como el hogar español, o hebreo—pues tanto monta—que parezca por igual nido y templo; ni familia, como la familia hispano-hebraea, que acierte en tanto grado a unir el amor más efusivo con el respeto más profundo. Y se debe esto a que lo han formado y lo han bendecido principalmente sus mujeres, tan dignas de admiración por su hermosura incomparable como por sus virtudes y sus cualidades de amantísimas esposas y de pródidas y santas madres. Podrá el ideal desaparecer de todas las conciencias, pero quedará siempre en la conciencia de ellas; podrá el arte enmudecer en otros horizontes; pero siempre cantará en los nuestros caldeados; la vida dramática podrá aparecer destruída, ahogada por toda Europa, con los materialismos de la codicia y de

la fuerza, pero jamás se destruirá en esta tierra férvida y bajo nuestro cielo ardiente de pasiones y de dramas, que es el mismo que caracteriza al del pueblo hebreo. Y, como en nuestras mujeres, late siempre la fe en sus pechos religiosos, y la esperanza en sus desventuras sociales, y el martirio en sus grandes y críticas epopeyas, así también las mujeres hebreas en su hogar mantienen la fe en sus pechos, la esperanza en sus desolaciones y en todo tiempo el sacrificio heroico, por rendidamente enamoradas de la muerte. Y cuando Castelar deseaba condensar las almas en las músicas populares y en los cantos de las regiones, considerándose él con los oídos organizados *como el heleno antiguo y el moderno semita*, evocaba la melodía, monótona y uniforme, frente a las concordancias armónicas de los diversos instrumentos resonantes en las estruendosas sinfonías, y en ella encontraba y percibía, para sumirse en sus más celestiales deléites, el sonido del aire

en los desiertos, el eco de las ondas en las playas, los truenos del Profeta en Jerusalén y los acentos de la guzla en la tienda; y estas divinas frases—decía—las concierta y formaliza la malagueña, el polo, la playera, la saeta..., toda esa música andaluza engendrada por los árabes, y más aún por los judíos, en España, para cantar sus eternas tristezas y los deliquios de un amor infame, al cual jamás espantan con los temores de la muerte los misterios del más allá. Porque nada induce tanto a las bellas despedidas de esta existencia y a los sublimes gestos de una deseada extinción, cual las crisis agudas de una felicidad y de un dolor juntos cuando, en momentos supremos, condensando las más grandes emociones del alma, piden su muerte final: como una nota agudísima y briosamente arrancada a la lira por dedos nerviosos, determina el rompimiento de la cuerda más exquisitamente afinada.

En Gibraltar, en Tánger, en Tetuán, en



Berlín, en París... y en muchas otras ciudades hebe de sentarme a mesas hebreas, asistir a sus ritos, escuchar sus oraciones, y en parte alguna mi alma se sintió tan solemne como en esos convites, verdaderos ágapes que a veces me recordaban los humildes de los primeros cristianos; y entonces, cuando las fórmulas y los actos se desenvolvían bajo una purísima y conmovedora unción, mi memoria evocaba los días terribles en que estos actos íntimos de familia eran de pronto atropellados por las persecuciones y los pogromos, quizás cuando el jefe de la familia, o el rabino, bendecía la comida con fórmulas de rito español en nuestro idioma pronunciados; y los miembros de la familia eran conducidos a los calabozos para ser sometidos a la tortura, y en último caso a la hoguera, donde exhalaban sus postreros suspiros con la palabra *Schema* en los labios. ¿Hay martirologio alguno, en la historia de todas las religiones, que haya producido mayor número

de víctimas, ni mayores tormentos que el causado en el pueblo hebreo? Y en estos terribles y nunca bien conocidos dramas, ¿qué papel tan interesante y tan conmovedor no señaló el destino a la mujer hebrea: hermosa, sensible, apasionada y siempre fervorosamente heroica?

El autor de este homenaje es hombre que profesa su religión y guarda el más sentido respeto para todos los cultos, sean los que fueren, con la sola condición de que no hieran los sanos principios de una moral bienhechora; esa que el pueblo mosaico, primero, en el Sinaí, y el de Jesús, después, con el sermón de la montaña y las frases sublimes del Gólgota, en Galilea más tarde, proclamaron y difundieron por el mundo. Por sentir muy en lo hondo ese respeto ante los ritos y las liturgias, mi espíritu, en los templos todos, cuando contempla los actos de los creyentes, de esas almas sencillas tocadas de fe y de piedad, siente la misma ternura que cuando asiste en los templos

cristianos, durante los floridos días de Mayo, al acto de recibir la primera comunión esas niñas virginales que avanzan despacio, se encaminan al altar vestidas de blanco, cubiertas sus cabecitas adorables con velos y coronas de flores, llevando en las manos las velitas rizadas encendidas, mirando al suelo y con sus tiernos corazones palpitando por la emoción de un día solemne, inolvidable, y de un acto misterioso en el cual actúan ellas de protagonistas.

En noche fría del otoño de 1921 fui invitado, en un hotel elegante de cierto distrito muy popular de París, a comer con familia sefardí muy honorable, para quien guardo afectos de muy sentida amistad; y siendo yo de los que gustan aprender siempre y se identifican al punto con toda clase de sentimientos nobles, acepto, gustoso y honrado, toda invitación, siempre que, declinando cortesías y respetos desarmónicos con el común proceder, se me considera y trata como

si fuera un individuo de la propia familia y soy sometido al régimen y conducta de los demás miembros. En aquella noche se celebraba el aniversario de la muerte del jefe de la familia, y hube de presenciar la concurrencia de los diez pobres llamados a participar de la cena en ágape familiar. Antes de sentarnos a la mesa, un rabino de la comunidad dirigía los rezos, que los individuos todos repetían paseando, y concentraban sus cantos con tonos graves y serenos que tenían una cadencia tradicional, y los emitían de pie, ondulando el cuerpo con pausados movimientos, mostrando un dulce placer piadoso. Yo estaba sentado, silencioso, contemplando aquella ceremonia; y como por modo natural mi mente se asociaba en lo íntimo al acto con rezos cristianos, instintivamente propendía a que se confundieran aquellas irradiaciones espirituales, íntimas y concertadas, formando una especie de oración común. Dábase aquel acto la impresión de un jardín

donde plantas y flores diferentes, bellas y aromáticas, exhalando cada una su peculiar esencia, formaba nube de frescos y puros sahumerios emanados de nuestras almas, que se elevaban a los cielos en ruego por los que fueron, para enaltecer a los ausentes y demandar el bien futuro de cuantos viven.

Era día de viernes, cierta vez, y hallándose en preparación el descanso ritual del sábado, me invitaron a otra mesa, donde aprecié sus miembros todos; conocí aquel perdón ritual que pone fin a pasados enojos y castigos entre padres e hijos y a rozamientos habidos entre deudos; oí las palabras clásicas con que se borra el pasado disgusto; vi al padre poner ritualmente, blando y amoroso, su mano protectora sobre la cabeza del hijo amado, y terminar aquellas sentidas reconciliaciones con frases y demostraciones de paz y ventura.

Nota que me conmovió en algunos de estos lugares fué ver los retratos de nues-

tros monarcas entronizados en el lugar o salón predilecto de la casa, atestiguando una devoción y un respeto histórico que debiéramos conocer, estimar y bendecir, en el fondo de nuestra alma, todos los españoles que amamos nuestra patria, como es deber nuestro hacerlo. Los retratos de la Reina madre, la Reina Victoria Eugenia y siempre D. Alfonso son un ornamento ritual, histórico, en muchos hogares sefarditas. Véanse los retratos de los monarcas que hay en los hogares españoles, compárense aquellos y estos datos y luego sáquense las consecuencias. Este conjunto de circunstancias y de ornamentales detalles ha bastado para que muchas veces, hallándome en lugares expatriados y en domicilios de sefardíes, me creyera estar en viviendas nacionales. En el orden espiritual, grande realidad es todo esto. Culpa nuestra será si semejante dilatación mundial de nuestra alma y nuestra lengua desaparece, y en plazo no lejano hemos perdido una riqueza.

za inmensa, en el orden moral y material, que ha ido a engrosar los esplendores de otros pueblos.

Cierta noche que personas distinguidas me daban un banquete en París, años después del famoso del 8 de Noviembre de 1919, se pronunciaron brindis, y uno de los presentes, banquero, M. Jacques Effendi Menache, habló de la conservación del castellano en el pueblo desterrado, y explicó así este caso, realmente extraordinario en la Historia:

«Es sabido que los judíos conmemoramos con fiestas simbólicas los grandes acontecimientos de nuestra historia racial, sean de la próspera, sean de la adversa fortuna. Un concilio ocupóse, en cierta ocasión, de si procedía señalar fiesta para recordar la expulsión de España en 1492; se discutió mucho, analizando el dramático suceso; había opiniones distintas, y por fin se resolvió no perpetuar con fiesta alguna el recuerdo del infausto éxodo, y conservar el idioma

nacional de España. La razón suprema fué condensada en el siguiente considerando:

«España fué nuestra madre querida durante muchos siglos, y en su seno Israel alcanzó un gran esplendor. Hubo día en que se enojó con sus hijos, y nos aplicó un duro castigo. Pero toda madre tiene derecho a reprender y castigar a sus hijos, y hemos de pensar que, como sucede con todas las buenas madres, llegará un día en que nos abrirá de nuevo sus brazos amorosos y volveremos a gozar, en su amada y bella tierra, los pasados y siempre queridos bienes». A esta noble explicación podría aplicársele la conocida sentencia italiana: *Si non e vero e ben trovato*. Por su noble gentileza, la explicación de Menache merecía nuestra gratitud y aplauso, y se la rendimos de todo corazón.

El espíritu intensamente tradicional, religioso y de pedagogía, conmovedor por lo moral, que caracteriza el hogar



hebreo, lo expresan perfectamente los siguientes párrafos, que tomamos, con toda libertad y sin consultar a la autora, de una de las cartas que guardamos de Rahma Toledano, donde nos habla de su familia y de la educación que, en la vida íntima, recibía una serie de hijos que de nueve no bajaban:

«... Pues nada menos mi entrañable y santo padre era uno de los rabinos más ilustrados y más grandemente creyentes de sus contemporáneos, talmudista insigne y doctor en leyes como ninguno. ¡Nuestro hogar!... ¡Ah, si usted hubiera podido asomarse a nuestro santo y bendito hogar, cómo lo admiraría! La religión que en él se practicó siempre, más aún cuando mi venerado padre vivía, no era una religión estrecha. Jamás oímos palabras de odio; eran predicadas la indulgencia y la bondad como preceptos divinos. Los principios más humanitarios nos eran enseñados como ley suprema.

« Nuestra educación fué austera, levantando a la virtud un altar y poniendo ante nuestros ojos la belleza moral del que sabe ser digno y honrado. ¡Ah, cómo nos eran enseñados estos preceptos de moral! Se nos referían en forma de crónicas, de leyendas, que impresionaban fuertemente nuestra imaginación. ¡Cómo sabían apartarnos de amistades que podrían enturbiar la frescura e inocencia de nuestra alma! Los preceptos religiosos eran simplificados, puestos al alcance de nuestra mentalidad infantil; preceptos muy fáciles de retener, pues no pasaban del Decálogo. ¿Deberes religiosos? Nuestra religión no impone ninguno a la mujer. Son más bien preceptos negativos: «No engañes, no mientas», etcétera... Los deberes del hogar son los únicos positivos; la mujer judía no tiene obligación de asistir a oficios religiosos del templo, y rara vez asiste. Su hogar; ¡ése es su templo! El cuidado de sus hijos, del esposo (a quien juró devoción y

fidelidad), éste será su templo y oración. Los deberes de una devoción a horas fijas pueden perturbar el orden y el bienestar del hogar, y por eso la religión no se los impone, poniendo por encima de todo los deberes sagrados de la familia.

»Jamás mi espíritu ha sido sometido a violentas creencias; una vez la buena semilla inculcada, la imaginación y el corazón quedan libres y se emancipan sin trabas; pero tienen en sí una fuerza moral sólida que les guía.

»Recuerdo, sin que mi cerebro omita un detalle—aunque me remonto a edad muy tierna, en que generalmente los recuerdos son vagos, como envueltos entre nubes—; recuerdo fuertemente la celebración del sábado en nuestro hogar, cuando mi venerado padre venía de la Sinagoga acompañado de mis hermanos. Corriamos todos a besarle su mano acariciadora; en seguida, alrededor de la mesa, se entonaba el doble himno: al sábado y a la mujer, sí, a cantar sus virtudes.

des y a admirarlas; pues esto me ha halagado siempre: de las buenas cosas de nuestra religión, el respeto y la admiración que a la mujer profesan, y luego de bendecir el pan y el vino, rodeábase la mesa de un ambiente tan suave, tan feliz, que una paz divina presidía nuestros actos. Un tono de cordialidad y amor se respiraba de esta suerte en todo, con lo que el alma tierna se exaltaba de alegría.

»Mi buena madre era muy hacendosa y amante. Nos predicaba siempre el trabajo: nada de indolencia. «Eso es malsano.» ¿La ociosidad? Mala consejera. Todo, en nuestro hogar, respiraba amor y religión.»

---

Breves líneas, y terminamos ya este homenaje.

La vida de la mujer, su destino y su influencia social se hallan en crisis por todas partes, en todos los pueblos, y aun

dentro de todas las religiones; dígalo la misma Turquía.

En páginas anteriores hemos examinado este punto, con un gran interés histórico; algo más queremos decir, para cerrar esta crónica, considerando la mujer hebrea en su hogar.

Disertando Liebermann, no ha mucho, sobre el feminismo en todo el mundo, y comentando los grandes progresos que en todas las naciones: Inglaterra, Suecia, Noruega, Irlanda, Finlandia, Estonia, Laponia, Letonia, Austria, Italia, Suiza, Francia..., realiza la mujer, decía: «El único objeto de la mujer debe ser hacer sentir la belleza, la emoción, la piedad, el amor...; sólo sentir y nada más. Todo tiene una función biológica fundamental. El sol irradia luz y calor; las alas sirven para volar; la mujer debe ser la suprema inspiración, el ídolo viviente; el Dios universal...; pero debe tratar de merecer todo esto. ¡Y todavía no lo merece!» ¡Cuánta caprichosa idea,

cuántas inconscientes máximas, cuántas cristalizaciones de *boutades* livianas han llevado a los libros esos preceptistas que habiéndose asomado al inmenso campo de las almas y a los inenarrables caos de la vida social, han creído poder encerrar en fórmulas sentenciosas, frases lindas y preceptos aforísticos, el inmenso concierto de las inteligencias, las aptitudes y los hechos de la criatura humana! ¡Cuánto se ha escrito con pretensiones de solemnes y sublimes sentencias, que merece ser quemado!

Gran verdad es que el hogar es el reino, el templo y el Paraíso de la mujer; y cada día se irá acreditando con más vigor y más abrumadoras pruebas que la primera y la más importante influencia formadora del ser humano será siempre la madre; pero hay que reconocer que la mujer irá teniendo cada día mayor influjo, así en los más grandes problemas de la vida íntima del hogar como en los de la vida nacional.

· La vida de la mujer será siempre más interna, espiritual y delicadamente bella que la del hombre. La ternura, el amor, los sentimientos más refinados y las ideas y consejos más prudentes emanaran de ella y merecer deben el respeto y la gratitud de su compañero. Asociarla a sus grandes empresas y hacer que en todas se sienta la gracia, la cortesía, el respeto y el noble consejo que de ella proceda, será obra acertada y rendirá hermoso y sano fruto. Conserve la mujer hebrea en su hogar ese carácter admirable, virtuoso, tradicional, que ha tenido siempre su interior santo, y sea culta y previsora como un hombre, porque grandes facultades tiene para ello y luces especiales puso Dios en su cerebro para ver con claridad y acierto, tanto los problemas de la familia íntima como los de la gran familia social. Inútil es oponerse a la evolución de los pueblos y al examen y a la intervención suya en los inmensos y nuevos problemas que, los tiempos

modernos, ofrecen al estudio y a la dirección de los humanos. En la vida nacional y en la vida particular tuvo la mujer hebrea tal destino y tanta influencia como ninguna otra tuvo; deber suyo y gran bien para su pueblo será conservarlos. El autor termina reiterando su amor, su devoción y sus más cumplidos respetos a ese bello y adorable sector de la humanidad, cuyas excelsitudes no han podido eclipsar las horribles persecuciones y crueles exterminios de que ha sido víctima su pueblo. Ni las eclipsarán.

*Madrid, Julio de 1923.*





PRINCIPALES PUBLICACIONES

del Dr. Angel Pulido

DEL AÑO 1875 AL 1921

VIAJES

1. Apuntes sobre el estado actual de la Medicina en Portugal y España.—Año 1875.—131 págs. en 4.º
2. Una expedición a las Cuevas de Artá.—Año 1879.—64 págs. en 8.º
3. París.—Viaje médico.—Año 1880.—454 págs. en 8.º
4. De Carabanchel al Paraíso (en colaboración con el Dr. Tolosa Latour).—Año 1882.—77 págs. en 4.º
5. Plumazos de un viajero.—Año 1893.—360 págs. en 8.º
6. El gran pueblo.—Año 1894.—320 págs. en 8.º
7. La bella Asturias.—Año 1895.—30 págs. en 4.º

8. Desembocadura del Nalón.—Año 1900.—84 págs. en 4.º
9. Cartas escandinavas.—Año 1911.—226 págs en 8.º
10. Impresiones y proposiciones de un turista por España (Colección de cartas publicadas en diferentes diarios locales).

#### ESTUDIOS MÉDICOS

11. Un buen tratamiento del Hidrocele.—Año 1878.—24 págs. en 8.º
12. El Paludismo en Madrid.—Año 1879.—92 págs. en 8.º
13. De la ovariectomía en España.—Año 1880.—29 págs. en 4.º
14. Lactancia paterna.—Año 1880.—80 págs. en 4.º
15. Estrangulación interna.—Año 1881.—502 págs en 8.º
16. Sobre el carbunco.—Año 1882.—54 págs. en 8.º
17. Locos delincuentes.—Año 1883.—80 págs. en 4.º

18. Evolución histórica de la Patología.—Año 1884.—44 págs, en 4.º mayor.
19. Un juicio médico. — Año 1888. — 27 págs. en 8.º
20. Estudios médicos.—Año 1889.— 222 págs. en 4.º
21. Oclusiones del intestino.—Años de 1889 y 1890.—Dos tomos en 4.º de 560 y 478 págs.
22. Discurso sobre la Cirugía radical en Ginecología. — Año 1894. — 16 págs. en 4.º mayor.
23. El Congreso Dosimétrico de 1881. Año 1881.—64 págs. en 4.º
24. La vacunación antitífica.—Año 1915.—40 págs. en 4.º
25. Escritos médicos del Dr. Ariza. Colección de los trabajos de este doctor eminente, con prólogo.— 3 tomos en 4.º mayor.— Año 1888.
26. La bacteriología (Discurso-contestación al de ingreso del doctor Cortezo en la Real Academia de Medicina).—Año 1891.
27. La vejez (Discurso-contestación al de ingreso del Dr. Gimeno en la

Real Academia de Medicina).—  
Año 1910.

28. La peste en España (Discurso-contestación al de ingreso en la Real Academia de Medicina del doctor Mariscal).—Año 1914.
29. La piel humana como elemento estético (Discurso-contestación al de ingreso en la Real Academia de Medicina del Dr. Vicente Gimeno).—Año 1923.

#### ESTUDIOS SOBRE TRABAJOS DEL DR. FERRÁN

30. Inoculación anticolérica del doctor Ferrán.—Año 1884.—94 páginas en 8.º
31. La vacunación antialfa y su experimentación en la ciudad de Alcira.—Folleto.—Año 1920.
32. *¡Væ Inventoribus Magnis!* Un grandioso descubrimiento de la Medicina española. El cólera en los ejércitos de Europa.—Tomo en 4.º de 600 págs.—Año 1921.
33. Comunicaciones médicas extensas

- dirigidas al *Office International d'Hygiène publique*, desde 1911 al 21.
34. La mortalidad infantil (Comunicación al Congreso de París).—Año 1922.—Folleto de 12 págs.
  35. Carta al Dr. Codina sobre la vacu-antialfa del Dr. Ferrán.—Folleto de 20 págs.—Año 1923.
  36. La Semana Médica de Santander. Opúsculo en 8.º de 42 páginas.—Año 1920.
  37. Un Precursor, Representativo y Mártir. (Vacunación antituberculosa en Mallorca). 496 págs.—Año 1921.
  38. La nueva doctrina antituberculosa del Dr. Ferrán (Discurso).

#### HIGIENE Y SANIDAD PÚBLICA

39. Salubridad pública (Discurso).—Año 1888.—30 págs. en 4.º
40. Estudios de Manicomios.—Año 1889.—50 págs. en 4.º
41. Oftalmía granulosa de los Asilos.—Año 1889.—27 págs. en 4.º mayor.

42. Las Calcinaciones de Huelva.—  
Año 1890.—160 págs. en 4.º
43. Más sobre las Calcinaciones de  
Huelva.—Año 1890.—164 páginas  
en 4.º
44. La Medicina Árabe.—Año 1892.—  
34 págs. en 4.º
45. Memoria Sanitaria sobre la peste  
de Oporto.—Año 1900.—40 pági-  
nas en 4.º
46. Inspección sobre las Asociaciones  
benéficas.—Año 1902.
47. Sanidad pública en España y Mi-  
nisterio social de las clases mé-  
dicas.—Año 1902.—104 páginas  
en 4.º
48. Saneamiento de poblaciones espa-  
ñolas (Sevilla).—Año 1902.—390  
págs. en 4.º
49. Sobre la mezcla de pimentón y  
aceite (Grave problema agrario).  
Año 1902.—636 págs. en 4.º
50. Mi gestión sanitaria como director  
general de Sanidad.—Año 1903.  
124 págs. en 4.º
51. Capacidad sanitaria de España.—  
Año 1907.—40 págs. en 4.º

52. El problema de las Hurdes.—Año 1908.—16 págs. en 4.º
53. La Sanidad militar.—Año 1909.—60 págs. en 4.º
54. Homenaje a la Sanidad militar (Velada celebrada en el Ateneo).—Año 1908.
55. La Conferencia Sanitaria de París de 1911-12.—200 págs en 8.º.—Año 1914.
56. El Progreso Sanitario.—Año 1912. 47 págs.
57. Una violación grave de la Sanidad publica (Discurso pronunciado en el Senado).—Año 1920.
58. La Exposición de Higiene Internacional de Dresde (Memoria del Comisario Regio).—Año 1911.
59. Grandes Problemas.—Año 1892.—290 págs. en 8.º

#### PROBLEMA HISPANOHEBREO

60. Los israelitas españoles.—Año 1904. 246 págs. en 8.º
61. Españoles sin Patria.—Año 1905.—660 págs. en 4.º mayor.

62. Relaciones comerciales hispano-hebreas (Memoria del Congreso Geográfico Mercantil de 1913).
63. El sefardismo en España (Discurso pronunciado en París).—Folleto de 111 págs.—Año 1919.
64. El pueblo hispanohebreo, primera base mundial de España.—Tomo de 300 págs.—Año 1920.
65. La Reconciliación hispanohebra. 144 págs. en 4.<sup>o</sup>—Año 1920.
66. Esplendor, desarrollo y soberanía mundial de la lengua española.—Folleto de 90 págs.—Año 1921.
67. España en Marruecos (Homenaje al Alto Comisario de España en Marruecos).—Folleto de 23 páginas.—Año 1922.
68. *Mica* (Homenaje a la mujer hebrea). 200 págs.—Año 1923.
69. Reparación de un drama histórico (Cartas a la Condesa).—Obra en preparación.



## PROBLEMAS SOCIALES

70. El cáncer comunista (Degeneración, vicio sindicalista).—Tomo de 500 págs.—Año 1921.
71. La fusión de los pueblos latinos (Discurso en francés pronunciado en París).—Año 1911.
72. Relación de las clases médicas con las Asociaciones Cooperativas e industriales
73. El delito sanitario (Conferencia en la Real Academia de Jurisprudencia).—Año 1903.
74. Los Progresos de la Odontología en España (Discurso inaugural del Congreso de Odontología celebrado en Bilbao).—Año 1916.—40 págs.
75. La despoblación de España (Discurso).—61 págs. en 8.º—Año 1891.

## TRABAJOS PARLAMENTARIOS

76. La pena capital en España.—Año 1897.—216 págs. en 8.º
77. Bases para una ley de Sanidad (Dis-

- cursos parlamentarios). — Año 1899.—34 págs. en 8.º
78. Discursos parlamentarios sobre la mezcla de pimentón y aceite.— Año 1902.—265 págs. en 4.º menor.
79. Los catedráticos y sus cargos de elección popular (Discurso).— Año 1909.—12 págs. en folio.
80. El servicio militar obligatorio.— Año 1911.—206 págs. en 8.
81. El presupuesto de la Sanidad.— Año 1920.

### BIOGRAFÍAS

82. El Dr. Velasco.—Año 1894.—122 págs. en 4.º
83. El Dr. Letamendi.—Año 1898.—112 págs. en 4.º
84. El Dr. Gutiérrez.—Año 1904.—12 páginas en 4.º
85. El Dr. Gimeno y su estudio sobre la vejez (Discurso).—Año 1910.—36 págs. en 4.º

86. El Dr. Lister (Conferencia).—Año 1912.—66 págs. en 4.º
87. El Dr. Alonso Sañudo (Panegírico). Año 1915.—100 págs. en 4.º
88. Colección de necrologías, siluetas y discursos sobre monumentos médicos. Su número excede de 100.
89. El Dr. Tolosa Latour (Necrología).

#### PROPAGANDAS CIENTÍFICAS

90. Evolución de las ciencias.—Año 1875.—54 págs. en 4.º
91. Bosquejos médico-sociales para la mujer.—Año 1876.—374 páginas en 8.º
92. La Medicina y los médicos.—Año 1882.—618 págs. en 8.º
93. Conflictos entre la frenopatía y el Código penal.—Año 1884.—40 páginas en 4.º
94. Educación física de la mujer.—Año 1892.—28 págs. en 4.º menor.
95. El corro de niñas.—Año 1893.—47 págs. en 4.º

96. Relaciones de la Pintura y la Medicina.—Año 1894.—46 págs. en 4.º
97. Miniaturas científicas.—Año 1894.—316 págs. en 8.º
98. La emoción oratoria.—Año 1896.—395 págs. en 4.º
99. Patria (por Castelar).—Año 1904.—336 págs. en 8.º
100. La protección al ciego.—Año 1909.—11 págs. en 4.º
101. Discursos inéditos de Castelar, con prólogo del Dr. Pulido, sobre «La Oratoria de Castelar».
102. Prólogo a los discursos inéditos de Castelar.—150 págs.—Año 1923.

#### INSTITUCIONES MÉDICAS

103. Hospitales Provinciales de Madrid. Año 1889.—36 págs. en 4.º
104. Memoria sobre manicomios.—Año 1889.—49 págs. en 4.º
105. Las pensiones de la Diputación provincial.—Año 1891.—22 páginas en 4.º

106. El Instituto de terapéutica operatoria.—Año 1897.—23 págs. en 4.<sup>o</sup>
107. Programa económico y profesional del Colegio de Médicos.—Año 1907.—39 págs. en 4.<sup>o</sup>
108. Intereses profesionales de las clases médicas.—Año 1910.—45 páginas en 4.<sup>o</sup>
109. Ética de los partidos políticos en España (en preparación).
110. Relación entre la Prensa médica y los Poderes del Estado.—Año 1903.—8 págs en 4.<sup>o</sup>
111. La tuberculosis y su defensa social (Conferencia).

#### CARTAS CIRCUNSTANCIALES

112. Mi colaboración al Instituto Rubio.—130 págs. en 8.<sup>o</sup>—Año 1915.

#### TRADUCCIONES

113. Barnes. Enfermedades de las mujeres (Obra muy anotada).—Año 1879.

114. Erichen. Tratado de Cirugía. —  
Obra en 4 tomos. —Año 1886.

115 a 1.520. Memorias académicas de Se-  
cretaría, correspondientes a los  
años 1920, 1921, 1922 y 1923.

Otras pequeñas disertaciones y cortos  
trabajos más ha publicado el autor, que  
aquí no se citan. Además, una colección  
de cerca de dos mil artículos que han  
visto la luz en Diarios y Revistas, espe-  
cialmente *El Liberal* y *El Siglo Médico*.

















Biblioteca Regional  
de Madrid Joaquin Leguina



\*1493300\*

